

ANECDATORIO CHINANDEGANO



hugo astacio cabrera

ANECDATORIO CHINANDEGANO

hugo astacio cabrera

Para: Enrique Bolaños G.

Amigo y admirador de las cosas
propias de su pueblo.

Esperando que esto complete
su formación "Cuecheril"

Con afecto de Amigos

José y Ana María

1984

Diseño de Portada e Ilustración:
CARLOS SERVANDO

Diagramación y Arte:
JESUS A. GOMEZ

HOMENAJE

De mi vieja Ciudad de CHINANDEGA conservo siempre vivo los recuerdos de mi infancia: sus "petriles", sus solares llenos de "catapanzas" su río Acome y... su gente.

Al leer el "ANECDOTARIO CHINANDEGANO" han vuelto a mí esas reminiscencias de una época de mi vida rica en sentimientos, vivencias que sólo el talento agudo de mi tío Hugo ha sido capaz de traducir.

Es algo difícil escribir en prosa una poesía...

Resulta que el Doctor Hugo ASTACIO CABRERA, autor de este anecdotario revive, como un auténtico cronista de su ciudad, todas las fantasías que forman parte de la vida de un pueblo.

No tomarlas en cuenta sería considerar que un cuerpo no tiene alma.

He querido pues, al contribuir a editar esta obra, darle cuerpo al alma.

RAMON VELEZ ASTACIO

Caracas, Noviembre/84

EL AUTOR

HUGO ASTACIO CABRERA nació en Chinandega y es Abogado y Notario de profesión, egresado de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua.

Político independiente, férreo opositor de la dictadura somocista, es autor de "Recuerdos de mi Prisión" (1966) y ha publicado numerosos artículos en la prensa nicaragüense.

Hijo de Don Alejandro ASTACIO D. y de Doña Orfilia CABRERA, ya fallecidos, está casado con Doña Triny MONTEALEGRE y padre de una familia de 9 hijos.

ANECDATORIO CHINANDEGANO

En medio de lo serio, y aún, de lo trágico, hay que reír como medio de mejorar y prolongar la vida.

"Hay que suspirar para no ahogarse", aconseja un aforismo oriental, cuando nos asfixia la angustia. "Y reír para animarnos", agrega Paul de Saint Victor, al comentar las Comedias de Aristófanes.

El reír es tan humano que nos es característico.

"Si se ríen son hombres", dijo Su Santidad Paulo III al referirse a los indígenas del Nuevo Mundo, cuando se puso en duda la condición humana de éstos, antes de emitir su célebre bula Sublimis Deus que los declaró verdaderos hombres.

Y reír también es saludable —dicen los médicos— porque al mover los músculos, estimula la circulación de la sangre. Además, comunica alegría y optimismo.

Es muy bueno, pues, especialmente en estos tiempos.

Por eso escribí estas anécdotas que rescato del olvido. Son de hechos reales acaecidos en Chinandega; o de pequeñas historias o cuentos realmente imaginados o relatados por chinandeganos.

Desfilan por aquí los viejos personajes de antaño, como los recientes de ogafío, que enriquecieron, embellecieron y amenizaron el ambiente por su ingenio, actos, gracia, sencillez o imaginación.

Sin conocer a esos protagonistas se hará difícil reír al leer estas anécdotas; y aún más para los que tuvieron la oportunidad de oírlos con los gestos, imitaciones y la gracia en el decir de algunos, sobre todo porque lo escrito, por mucha fidelidad que encierre de los hechos, se ve siempre pálido ante la palabra hablada.

Para los primeros, pido un poco de imaginación para colocarse en el punto; y para los segundos, volar hacia el pasado para recordar. Sólo así estas frías letras cobrarán vida.

Chinandega, 27 de junio de 1984.

HAC

LECTURA QUE DUERME

A dos personas, cuyo criterio estimo; les pedí que leyeran el borrador de estas anécdotas y me indicaran si era mejor ocultarlas; o, bien, en el mejor de los casos, que escogieran para botar aquello que estimaran mal escrito, sin interés, sin gracia, grosero, aburrido, etc.

Una es mi prima María de Lourdes Cabrera.

A los días de entregarle la copia la llamé telefónicamente como a las cinco de la tarde. La persona que contestó al teléfono me dijo que se había dormido desde medio día, pero que iba a ver. Cuando quise advertirle que no fuera a despertarla ya era tarde.

—Auuu. Ho laa. Ha bla Ma ri a de Lo ur des Ca bre ra— dijo la voz.

—¿Qué tal —le dije yo— Quería preguntarte por las anécdotas —agregué tímidamente—.

—Auuu. Es tán muy bien —me contestó mi prima— Ya em pe cé a le er las a me dio día cuan do me a cos té a des can sar y has ta es te mo men to me es toy des per tan do.

Ya tuve miedo de llamar a la otra analista.

DOS PALABRAS...

En Chinandega, nadie debe contestar a otro concediéndole dos palabras, aunque sea ello una expresión solamente simbólica para insinuar que uno sea breve, porque le pueden replicar inconvenientemente.

Y es que ya pasó a la historia con carta de ciudadanía chinandegana la réplica relampagueante de doña Mercedes Novoa de Rivas.

Dicen las malas lenguas que don Francisco Baca (abuelo de Jorge Callejas) se infatuaba más de lo debido cuando ejercía los altos cargos que ocupó en tiempos del dictador José Santos Zelaya al rayar el presente siglo.

Y sucedió que siendo Ministro, un día fue a Managua su coterránea y vecina doña Mercedes a exponerle un problema.

Llegó al Ministerio, se identificó y solicitó audiencia.

Don Chico se hizo el de a peso.

Estimando como olvido la desatención, doña Mercedes recordó su audiencia al encargado. Don Chico se olvidó.

Insistió nuevamente doña Mercedes, ya alegando que llegaba desde Chinandega, y don Chico mandó a decir que estaba muy ocupado.

Pasaba el tiempo cuando don Chico salió de su despacho y pasó cerca de doña Mercedes. Esta lo siguió y le dijo:

—Chico, necesito hablar con vos. Vengo desde Chinandega.

—No tengo tiempo, estoy muy ocupado —contestó.

—Chico, es poco lo que te voy a decir. Acordate que vengo de Chinandega.

Don Chico acorralado no pudo negarse. Pero...

—Dos palabras, pues, nada más; dos palabras —dijo, haciéndose el muy ocupado.

—¿Dos palabras, Chico?— preguntó, como no creyendo, doña Mercedes.

—Dos palabras —repitió don Chico.

—Co mé mier da —dijo entonces aquella.

Y dio la vuelta.

EL PURGANTE DE DOÑA ME.

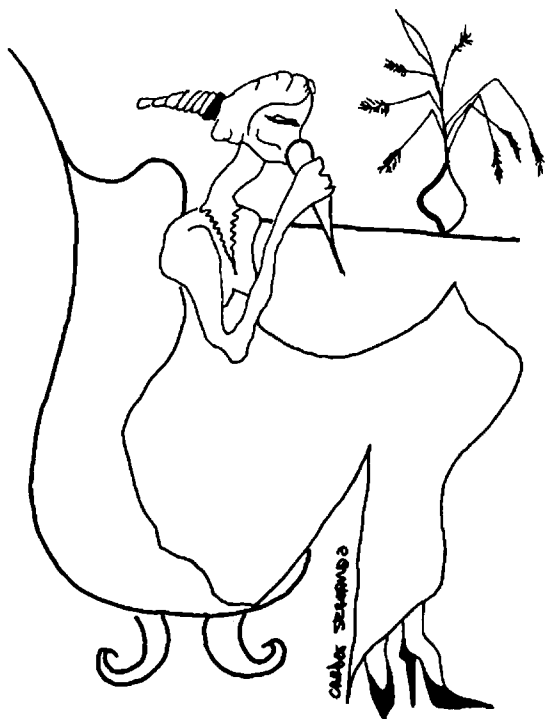
En la casa de don Pantaleón Navarro un familiar cayó con repentino ataque y en la premura del caso alguien recomendó un purgante de castor para el enfermo.

Pero luego que llegó el médico éste descartó esa panacea de aquellos tiempos, ordenó sus providencias y mandó a recetar otra cosa.

Pasado un buen rato doña Me (Salomé Navarro de Navarro), que viendo los toros de largo permanecía a la expectativa, preguntó por el purgante.

—Habrà que botarlo —le dijeron— porque el doctor recetó otra cosa.

*Doña Me tomó el vaso y antes de beberse el contenido, exclamó:
¡Para que no se pierda!*



LA FRASE RITUAL

¿Recuerdan algunos lectores la frase ritual que usaban antaño los médicos cuando uno de ellos se ponía de acuerdo con otro en una reunión para considerar un caso grave?

Allí va.

En los últimos años de su vida el Dr. Leandro Rojas, médico de mi pueblo, se dedicaba más a festejar a Baco que a imitar a Hipócrates; y gran compañero de sus farras era su amigo don Félix Saravia.

Una vez el Dr. Rojas amaneció tan mal como consecuencia de un anochecer borrascoso, que alarmada la familia llamó al amigo para que lo viera y aconsejara qué hacer.

Llegó inmediatamente don Félix un tanto preocupado y se acercó al doctor.

—No está en enfermo —sentenció con autoridad— Lo que tiene es una gran "goma" Traigan una botella de aguardiente y déngle un trago doble —agregó con firmeza.

El "moribundo" se incorporó, como resucitando y de su voz cavernosa salió la frase ritual.

—"Opino con Saravia".

Aquella expresión del argot médico invadió desde entonces el seno de los devotos de Baco y de vez en cuando se oye decirla cuando un aficionado demuestra su coincidencia con el compañero que insinúa tomar unos nepentes.



EL DECALOGO

En tiempos del dictador José Santos Zelaya se prohibió bajo pena de ser "llevado a la reja" ingerir licor en horas de trabajo.

Pero Nicolás —el abogado Nicolás Tigerino— no podía perderse los tragos y cedió al cantinero...

—No puedo —le dijo éste. Está prohibido servir licor a estas horas.

—Poneme un cuarto (de litro) —insinuó aquél— debajo del mostrador. Así nadie verá que me has servido.

—¿Y si viene el "resguardo"?

—Yo voy hacer como que te estoy enseñando la doctrina cristiana y así no pasará nada.

El cantinero quedó convencido.

Casi terminaba Nicolás su "cuarto" de guaro, cuando se apareció el amigo del orden.

—Va a pasar conmigo —le ordenó— porque está bebiendo en horas de trabajo.

—No, señor policía —replicó Nicolás— lo que pasa es que vengo aquí a esta hora porque estoy enseñando la doctrina cristiana a éste.

—A ver, —prosiguió, dirigiéndose al cantinero— ¿por donde íbamos cuando llegó el señor policía? ¡Ah!, estábamos repasando el decálogo. Sigamos: el primero, amar a Dios sobre todas las cosas; el segundo, no jurar su santo nombre en vano...

El policía estaba a punto de convencerse de la caridad de Nicolás, cuando observó que debajo del mostrador estaba la prueba irrefutable de la verdad.

—Va a pasar porque no hay tales mandamientos —dijo con decisión.

Nicolás se fue preso y en silencio.

Pero el cantinero que veía que con la ida de Nicolás se le escapaba el valor del cuarto de aguardiente, le gritó:

—Oye Nicolás, Nicolás... ¿y el cuarto?

—¡Ignorante! —contestó éste de largo— ¿No te dije ya que es honor a padre y madre?

URGENCIA

Contaba el Chelón que para don Sixto Rojas el asunto era cuestión de vida o muerte. Entró a una casa y detrás de la puerta realizó un acto necesario.

Apareció la dueña y al extender la puerta, el horror. ¡Y que indignación!

—Don Sixto, ¿qué es eso?

—m... —contestó tranquilamente.

—¿Cómo?

—Coma, si lo desea.

—Daré parte a la policía.

—Désela toda, si quiere.

La señora se desmayó.



NO TENGO ENEMIGOS

En tiempos de José Santos Zelaya, el dictador, eran ministros Don Chico Vaca y el Dr. Pedro González, ambos chinandeganos, aunque éste residía en León.

Don Chico, pomposo, se trasladaba a Managua con gran escolta, primero por ferrocarril y luego, en la parte que no había, montado en brioso caballo con ostentosa montura.

Don Pedro caminaba solo y en una mula malamente ensillada.

Al encontrarse en la montaña solitaria y aislada, don Chico se asombró al comprobar que el jinete de aquella humilde cabalgadura era su colega don Pedro González.

— ¡Don Pedro, mi estimado colega, estoy asombrado! ¿Cómo es posible que usted viaje solo en esa mula en medio de esta montaña?. Alguien puede atentar contra su vida.

— No tengo ese problema, colega, porque no tengo enemigos.

— ¿Cómo dice Ud. eso? ¿Cómo puede Ud. estar seguro de esa afirmación?

— ¡Cómo no! —respondió don Pedro— Nunca le hice un favor a nadie.



CARLOS SEAVANDO

MALABARES

Dicen que don Toribio Tigerino Navarro (a quien el pueblo bautizó "Torquemada", por el nombre de aquel famoso inquisidor) hacía malabares con el salario de los trabajadores de su hacienda "Palacios" situada bastante lejos de Chinandega.

Los campesinos tenían que venir a los meses a recoger su paga.

Una vez apareció Lencho Ordóñez con el apunte del mandador: Treinta pesos ganados en seis quincenas, sólo que se le debían descontar los diez que se le adelantaron.

—A ver —dijo doctoralmente don Toribio— Ganaste treinta pesos, según dice este papel.

—Sí, señor. Así es.

—Pero habrá que deducirte lo que se te adelantó.

—Cómo no, señor.

—Hagamos la cuenta.

—Está bien, señor.

—Diez pesos que se te adelantaron. ¿Es o no así?

—Sí, señor. Es verdad.

—Diez que te apuntó la Toña (esposa de don Toribio).

—Sí, señor.

—Y diez que recibiste. ¿Verdad?

—Sí, señor.

—Entonces suman treinta, igual a lo que ganaste y no te sobra nada.

—Vaya, pues, señor.

—Volvete, entonces, para Palacios a seguir trabajando. Tal vez alcancés algo la próxima vez.

—Está bien, señor.

— ¡Toñal —gritó don Toribio— Apúntale a Lencho diez pesos que le voy a dar para el pasaje, los que se le descontarán de su próximo salario.

—Gracitas, patrón. Que Dios le dé larga vida.

LA LALA

En todas partes se usan los diminutivos e hipocorísticos para los nombres de personas. Pero creo que Chinandega, mi tierra natal, es la campeona.

Aquí nadie llama por el nombre de pila.

Por Domingo es Mingocho; por Eduardo es Guarullo; por José Francisco es Catito. Y paremos de contar.

Además anteponeamos el artículo determinado "la" al nombre de las mujeres.

Por eso ni uno se llama así mismo por su nombre y así se oye en el teléfono:

"Te llama Quety (por Roberto)"

"Aquí hablas con la Negra".

Y al otro lado entienden bien.

Dos de las hijas de don "Pailo" Callejas se llamaban Ernestina y Adelaida y, ¡por supuesto! eran Tina y Lala.

Una vez se encontraban en Corinto visitando un barco inglés cuando Adelaida se encontró con el Capitán.

—¿Ud. ser latina? —le preguntó en mal español el atento marinero.

—No, LA LALA —contestó aquella.

El marinero quedó más sorprendido sin comprender a qué raza o nacionalidad pertenecía la interrogada.



UNO EN VEZ DE DOS

El Dr. Gabriel Rivas Sansón, padre de Ge Ere Ene y de Gabry Rivas, entre otros, tenía además de su natural inteligencia, un gran humor a flor de labios.

Nada hurtaron, pues, Gabry y Ge Ere Ene, a la vida, pues todo lo heredaron de su padre. Y ese talento poético de Carlos Martínez Rivas viene sin duda en línea directa de su abuelo.

Pero al Dr. Rivas Sansón no le valía de nada su inteligencia para contrarrestar el fuerte carácter dominante de su esposa doña Mercedes Novoa. Y tenía que apelar a su humor para defenderse y salir airoso.

Vivían en la casa solariega donde, como en otras, no faltaba el gran zaguán.

De la finca venían leche, queso, etc. Y leña. Y allí también se vendía.

Cerca de la esquina tenía el Doctor su clínica. No necesitaba en verdad rótulo alguno en la pequeña ciudad donde todos se conocían. Pero allí había uno, un tato borroso.

Leyendo a medias, oía el doctor cómo su mujer discutía con un obrero las condiciones, la forma y el precio de dos rótulos, uno para el zaguán que anunciara que allí se vendía leña y otro, el de menor importancia, para la clínica, que solamente dijera "Gabriel Rivas Médico".

Dejando la lectura, el doctor miró sobre sus anteojos a su mujer:

— ¡Mercedes!

— ¿Qué decís?

— ¿Por qué no hacés un solo rótulo en vez de dos, gastando así menos?

— ¿Cómo es eso tonto? ¿Cómo se van a poner las dos cosas en un mismo rótulo?

— ¡Cómo no! Uno sólo que diga "Aquí se vende hecho leña al médico Gabriel Rivas".

FRIJOLES

El Dr. Gabriel Rivas Sansón se atrevió una vez a desafiar la vigilancia severa de su esposa doña Mercedes y tuvo un "desliz".

Pero fue pillado y se armó el bochinche.

Pescado y delatado tuvo que confesar la verdad y, desde luego, tratar de justificarse y pedir perdón.

—Perdona, Mercedes, no sé a qué horas lo hice.

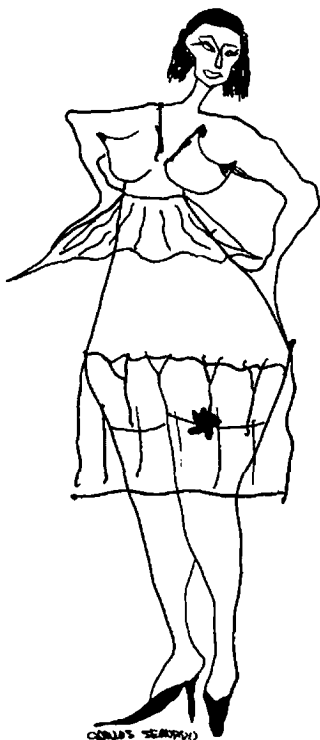
—Yo sí sé —le contestó su mujer— Fue a las nueve del jueves.

—No, no es eso...

El doctor se cortó.

—Quiero decir... pues.. que fué la carne la que me tentó.

—¿Así? —replicó prontamente doña Mercedes— ¿Y, yo que soy para vos? Y señalando su propio cuerpo, agregó: ¿Acaso esto son frijoles?



AHORA YO

Eran los tiempos cuando nuestro comendador don Santiago Callejas Sansón, era el personaje más importante de Chinandega, que viajó a Europa más veces que el padre de las Casas atravesó el Atlántico.

Don Santiago viajaba por placer combinándolo con sus negocios de exportación e importación y era un veterano de esos trasatlánticos de entonces.

Por cierto que por aquellos tiempos, de varias ciudades de Nicaragua, salían personas adineradas a pasear por Europa.

En alta mar, un día salió don Santiago al restaurante y para su sorpresa se encontró con tres amigos, leoneses por cierto; y, después, de los apretones de mano y abrazos y cumplidos, dispusieron festejar el encuentro haciéndose servir licores y viandas. Pasó el tiempo y vino el final para despedirse y se pidió la cuenta. Pero al acercarse el mesero con ella, los amigos se habían retirado al urinario.

—No importa —dijo solemnemente don Santiago— Entre amigos y caballeros no hay problemas. Cargue eso a mi cuenta.

Al día siguiente de nuevo el encuentro.

—Idiay, ¿cómo amancieron?

—¿Qué tal la goma, Santiago? —dijo otro.

—¿Por qué no tomamos otros traguitos?

— ¡Idiay, pues!

Pidieron una botella y se continuó la farra.

A la hora de la cuenta, da la casualidad que los leoneses andaban otra vez en el urinario.

Don Santiago entendió que era por pura casualidad y entre amigos no hay problema y la cuenta se le cargó de nuevo.

Al tercer día, casi igual. Mejor dicho, todo igual.

¿Y al cuarto? Cuando se pidió la cuenta y se acercaba el mesero, los leoneses intentaron levantarse, pero don Santiago los detuvo sobre sus asientos:

¡Un momento!, ¡Ahora me toca a mi orinar!

COMO CRISTO

Don Salvador Montealegre fue un personaje de leyenda en nuestra pequeña ciudad Chinandega. Se le conocía por "El Chelón" y yo tuve la suerte de conocerlo en mi niñez y la tuerce de no no captar sino en mínima parte su inagotable imaginación.

Contaba con gran seriedad fantasías tras fantasías; y se permitía en la mayoría de las veces "irrespetar" a todo el mundo, diciendo o haciendo cosas.

Un día exageró un ligero malestar y pidió que llamaran a dos abogados amigos suyos. Todos pensaron, naturalmente, que quería dictar su última voluntad.

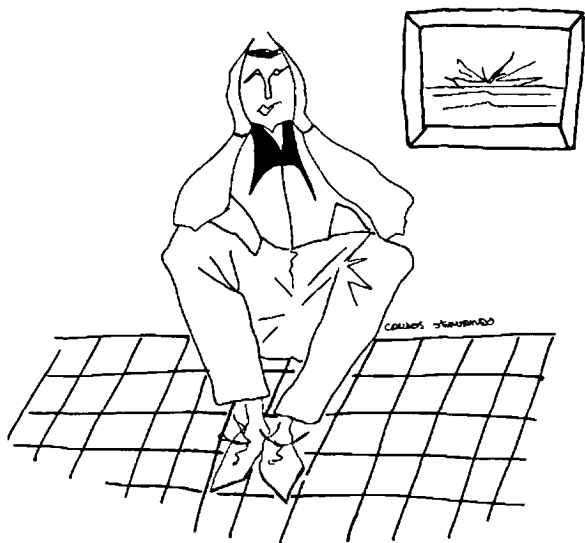
Llegaron los letrados y con gran emoción los acercó y les echó el brazo al hombro, uno a cada lado, como si le estuviera llegando su hora postrera; y así estuvo un buen rato hasta que uno de ellos rompió el silencio:

—Don Salvador, suponemos que Ud. quiere hacer su testamento. ¿Pero para qué dos abogados cuando basta uno?

—No es por eso —contestó el Chelón— Lo que quiero es morir como Cristo.

—¿Cómo es eso?

—Morir entre dos ladrones.



AQUI NADIE ENTIENDE ESPAÑOL

No se asombren, pero nuestro don Salvador Montealegre, el Chelón fue a Europa, supuestamente a estudiar y estuvo en La Maison de Melle.

Cuando llegó al final del curso los compañeros latinoamericanos promovieron su candidatura para que llevara la palabra en sus nombres en el acto de clausura.

El joven Montealegre pidió permiso para dirigirse en su propio idioma al auditorio; y director, profesores e inspectores mostraron su aprobación, bajando sus cabezas.

¡Qué les importaba, al fin, lo que diría ese mocoso en un acto de tanta rutina!

Y Salvador habló ante un auditorio que, salvo sus promotores, no entendía una jota de español.

"Monsieur Directeur": —empezó en francés, al tiempo que hacía respetuosa venia inclinando la cabeza.

"Messieurs" Profeseurs":

"Messieurs Inspecteurs":

"Madames":

"Messieurs":

"Hasta ahora que terminamos igracias a Dios! este curso, voy a decir lo que siento porque ya sé que no me entienden".

La gente mayor oyó con indiferencia aquellas frases, porque nada entendían. Pero los latinos americanos escucharon asombrados aquél arranque.

"Gracias a Ud., desgraciado Director —prosiguió imperturbable— la vida en este Colegio se nos ha hecho insoportable. Todo el año va de joder y más joder. Nada podía hacer uno cuando Ud. ya estaba regañándonos. ¡Es una dicha dejar de padecer sus jodederas!"

Los latinos rieron disimuladamente; pero estaban alarmados, porque el Chelón daba rienda suelta al verbo que más usaría en su vida y que ya pronunciaba con perfección y oportunidad.

"Y Uds. profesores —siguió el Chelón— también contribuyeron a chingarnos la vida con sus lecciones mal dadas. ¡Qué jodedera! Por dicha nunca más volveremos a oirlos ni a sufrirlos, bigotudos enchalecados".

Otra venia respetuosa y los profesores vestidos de etiqueta se inclinaron ceremoniosamente.

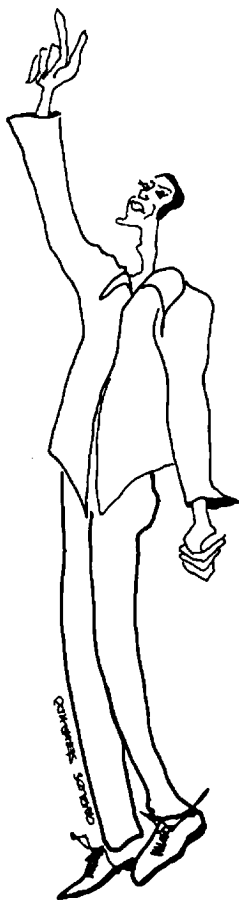
"Y solamente me faltan Uds., desgraciados inspectores" exclamó el Chelón, dirigiendo su mirada hacia los circunspectos colaboradores del prestigioso colegio— "Esos reglazos, en las nalgas, esos jalones de

orejas, todavía nos duelen y por eso no vamos a olvidarnos de Uds., los muy desgraciados panzones”.

El Chelón concluyó su breve discurso, seguido de discretos aplausos de director, profesores, inspectores y padres de familia asistentes; y de escandalosas muestras de entusiasmo de los latinoamericanos, sintiéndose que únicamente ellos podían disfrutar la ocurrencia del compañero Salvador.

Sólo cesaron cuando el director se levantó.

“Joven Montealegre: Nuestros colaboradores y yo le damos las g-r-a-c-i-a-s por sus palabras”—dijo en perfecto español.



ORACION COMBINADA

La maestra Martinita Guardado rezaba todos los días y a cada rato, de manera que ya lo hacía mecánicamente; además tenía que atender el quehacer de su casa. Así que en medio de los rezos ordenaba, decía, hacía y tornaba.

"Dios te salve María. Llena eres de gracia. El Señor es Contigo; y bendita tu eres... (espanté esa gallina que se va a cagar)..... entre todas las mujeres; y bendito es el fruto (limpié esa cu(ta)..... de tu vientre, Jesús".



REMEDIO INFALIBLE

En un puesto militar para vigilar Puente Real, en la cabecera del estero de su mismo nombre, camino a pueblos fronterizos con Honduras, don Salvador Montealegre, el Chelón, era algo así como Comandante del Resguardo.

Descansaba ya al atardecer, cuando apareció un alemán que requería urgentemente sus servicios. Venía con una misión importante a Nicaragua y la mula en que montaba se le había "topado" y necesitaba llegar a Chinandega a 40 kilómetros de allí. Le pedía que le facilitara otra forma de seguir adelante.

—A veces las mulas se "topan" por maña —sentenció el Chelón— Vamos a tantear con un remedio que no falla.

El alemán se alegró.

El Chelón mandó a recoger a la costa chiles que por allí hay en abundancia y ordenó hacer una masa.

—El remedio tendrá que apliarlo Ud. personalmente —le dijo el Chelón.

—No importa mii, yo hagceerr.

—Tome esta vara, la unta de esta masa, levanta la cola de la mula y se la introduce por allí.

—¿Comprende?

—Oh, si, yo sabeergg.

La mula casi manda al estero al alemán cuando se levantó violentamente; y luego corrió desesperadamente por el camino, no digo corriendo, sino volando, dejando sólo el polvo. El alemán quedó más afligido.

—Señorgr, ahora es peorrr. ¿Cómo hacerg mii?

—Muy sencillo —contestó doctoralmente el Chelón— Aplíquese el mismo remedio que aplicó a la mula.

—¿Cóomoo?... ¿Será buenooo también mii?

El alemán no estaba para entender y obedeció.

Contaba el Chelón que el "diplomático" corrió detrás de la mula a tal velocidad que la alcanzó poco antes de llegar a la ciudad y... cumplió su misión internacional.

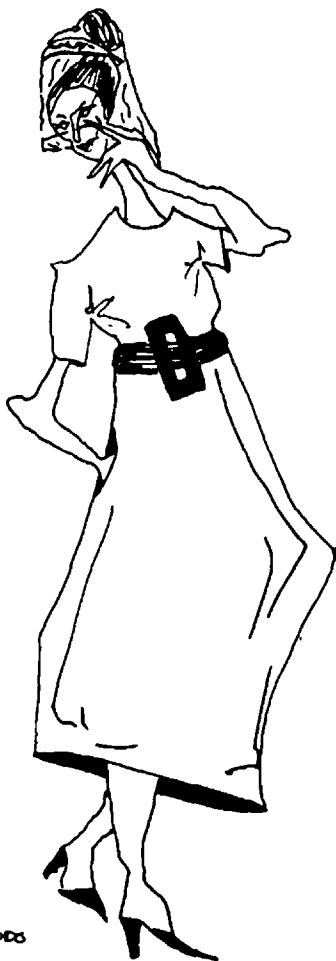
Pero yo creo que la cumplió en el hospital.

COOPERACION

—Don Salvador —le dijo la señorita María de Jesús García al Chelón— mis compañeras y yo venimos a solicitar su cooperación, como feligrés de Santa Ana, para la capa del padre Quico.

El nuevo cura de la parroquia tenía pocos días de haber llegado.

—Con gusto —contestó el Chelón— Tráiganlo, que yo lo capo de balde.



NEGOCIO CHICHE

En aquellos tiempos floridos de andar a pie por las calles, sólo se ocupaban coches tirados por caballos para ir a la Estación del Ferrocarril, en el extremo de la ciudad, a las horas de arribar el tren. Valía diez centavos la carrera, caro para aquellos tiempos; y era raro que alguien fuera a otra hora, mucho menos a pie.

Pero don Francisco Martínez hacía sus mandados de comercio a punta de calcetín y todo el día se le veía por esas calles de Dios. No era extraño, pues, que fuera una excepción.

Una vez comentaba don Pancho entre amigos, que acababa de ganarse ocho reales porque había hecho cuatro viajes a pie a la estación.

Don Francisco García —Chico Ñato, su nombre de combate— se encontraba entre los presentes.

Al día siguiente se levantó muy temprano, desayunó y se encaminó a la estación. Llegó, vio y regresó a casa. Pero no se atrasó mucho y volvió a emprender viaje.

Volvió sin novedad. Se acostó en la hamaca, o hizo que se acostaba para disimular, porque a los pocos minutos estaba en pie y caminao otra vez de la estación. De vuelta ya no pasó de la sala, porque haciendo cómo que algo se le había olvidado volvió a salir y a emprender nuevo viaje.

—¿Qué te pasa? —le dijo Mamá Lencha, al regreso.

—Nada, nada —contestó— Pero entre dientes agregó:

—Vas a ver el marido que tenés para los negocios.

Mamá Lencha no le oyó.

Nuevo viaje. Ya era medio día cuando regresó. Comió e hizo una breve sistecita; y luego volvió a su empeño.

Como a las cinco de la tarde tata Chico regresó del último y octavo viaje.

Ese día durmió plácidamente y se levantó al siguiente muy satisfecho a seguir en su trabajo.

Pero no. Quería ver ya el resultado y se fué a buscar a Pancho Martínez.

—Panchó —le dijo al encontrarlo— no te molestés porque te la gané de pleno ayer. Hice ocho viajes de ida y vuelta a pie a la Estación mientras vos sólo hiciste cuatro el día anterior.

—¿Ajá y qué? —le contestó aquel, sin saber de qué se trataba.

—Pues que quiero ver mi dinero ya. Así que decime: ¿dónde es que pagan esos dos reales por cada viaje a pie a la estación?

HUEVOS

- Los huevos, los huevos —gritaba la vendedora.
—¿A cómo los llevás? —le preguntó Mamá Yeca (doña Angélica Reyes)
—A seis córdobas la docena.
—Qué caros, muchacha. ¡Ni humanos que fueran!



UN ANGELITO MAS

Torcida fué mi tía Carmela. Tuvo dos hijos en su matrimonio, varón y mujer, pero murieron en su tierna infancia y ambos víctimas del crup.

Con uno de ellos, el varoncito, esa terrible enfermedad tuvo una cooperación imprevista.

Ahora que recuerdo, en esa casa se mantuvo el microbio que la produce por muchísimo tiempo, porque con bastante diferencia de años, allí murieron por ella también mi hermano Mauro y mi tía Juana Vicenta.

Víctima el niño de la asfixia que produce, los padres, a solicitud del médico de cabecera, llamaron a todos los galenos de Chinandega, buenos, medios buenos y malos, y aún vino de León el sabio Dr. Luis H. Debayle.

La Junta de médicos resolvió de previo hacer una incisión en la garganta del niño y colocarle un tubo de vidrio por donde respirara, para mientras se atacaba a fondo la enfermedad o aquél la resistía. Se hizo y un médico que no cooperó en otra cosa se encargó de sostener el tubo.

Mientras duraba la junta y la operación, los padres, familiares y amigos, llenos de angustia, permanecían en la sala, tabique separados, orando e invocando a todos los santos de la Corte del Cielo.

De pronto se abrió la puerta y con cara de triunfo salió el Dr. Debayle.

—Hemos resuelto momentáneamente el problema de la asfixia —dijo—. Se hizo una operación y ya el Dr. G... mantiene el tubo por donde respira el niño.

Una explosión de júbilo se apoderó de todos los presentes y a un tiempo se arrodillaron dando gracias a la misericordia divina.

Pero... de pronto aparece por la misma puerta el Dr. G...

—¡Ah! Todos suspendieron la respiración.

—¿Qué pasó, qué pasó?

*—Un angelito más ha entrado en el cielo —anunció el médico—
Se me fué de las manos el tubo.*

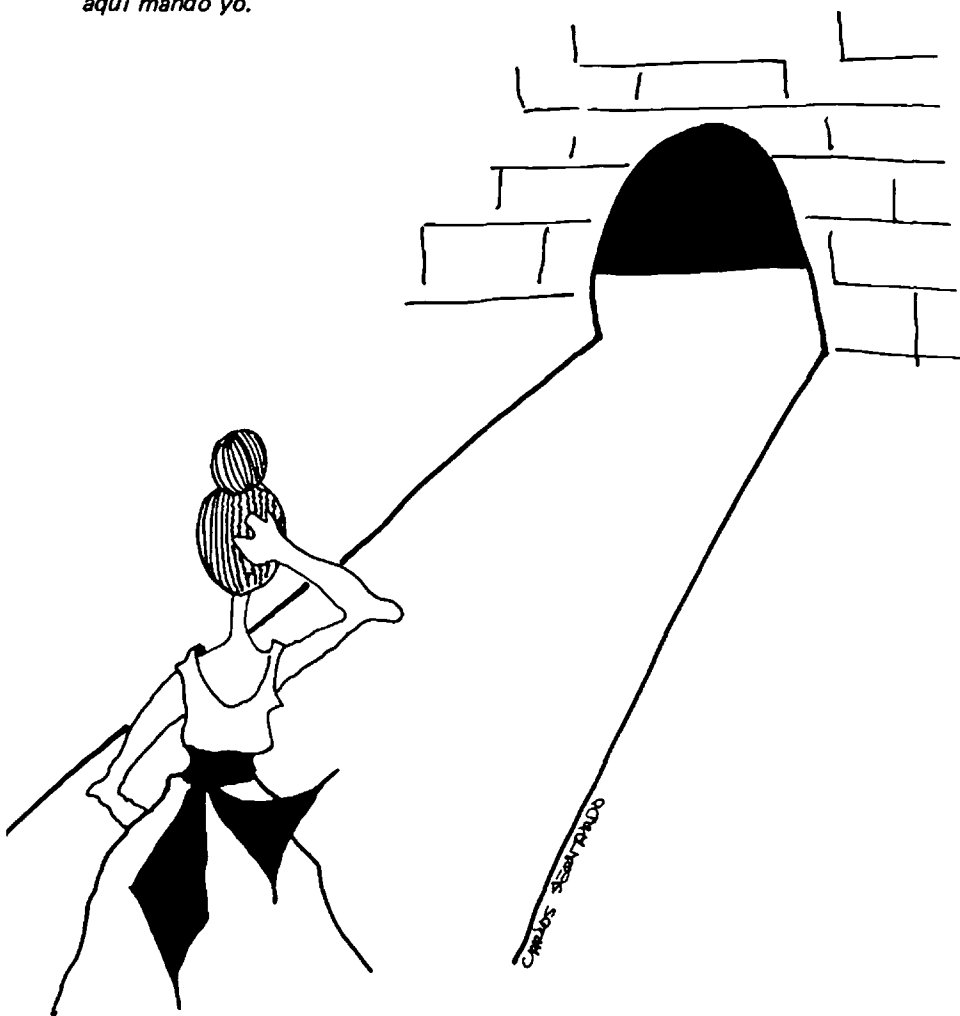
¿QUIEN MANDA AQUI?

El Chelón convino el precio y se llevó a su casa lo que compró al fiado, para que la pulpera mandara por su dinero la semana próxima.

Esta mandó a cobrar con su sobrina.

—Don Salvador, dice mi tía que aquí manda.

—Pues dígale —contestó el Chelón— que está equivocada, porque aquí mando yo.



CONTEO EXACTO

Ya con sus buenos años encima, el Dr. Domingo Rivas Sansón, permanecía retirado del ejercicio de la medicina; pero no de otros que hacía a diario y al parecer con exactitud.

Tenía un lugar de retiro que era, en su casa, la sala contigua a la esquina, frente a los Mántica.

Allí tenía un sirviente, que le atendía especialmente para los infaltables aperitivos de medio día.

Alfonso se llamaba y era lento en sus cosas, parsimonioso, como se decía entonces. Y no sé cómo se las entendía con el doctor porque a éste le gustaban las cosas rápidas y exactas.

Un día llegó a visitarlo un amigo y surgió la invitación a unos nepentes.

El doctor ordenó inmediatamente a Alfonso:

—Busca una botella y vete a comprar medio litro de aguardiente adonde la Chepana.

Y siguió hablando con su amigo.

Pero al rato éste exclamó:

—¿Qué pasó con el aguardiente?

—Ya viene —contestó el doctor— y en dos minutos más tomamos el primer trago. Verás —siguió— De aquí adonde la Chepana hay dos cuerdas y Alfonso se las vuela en tres minutos. Pide el guaro, se lo sirven y se lleva otros tres minutos. Son diez. Pues bien salió hace diez minutos y Alfonso está poniendo el pie en la casa.

—¡Alfonso! —gritó el doctor— ¿Traés ya la botella con el aguardiente?

Del fondo de la casa se oyó una voz:

—Un momento, señor; todavía no la he encontrado.

OTRO...

Salvador Valladarez (Pachanga) tenía su tractor con el que araba y gradeaba a "domicilio".

Roberto Saravia (Quety) fue a buscarlo.

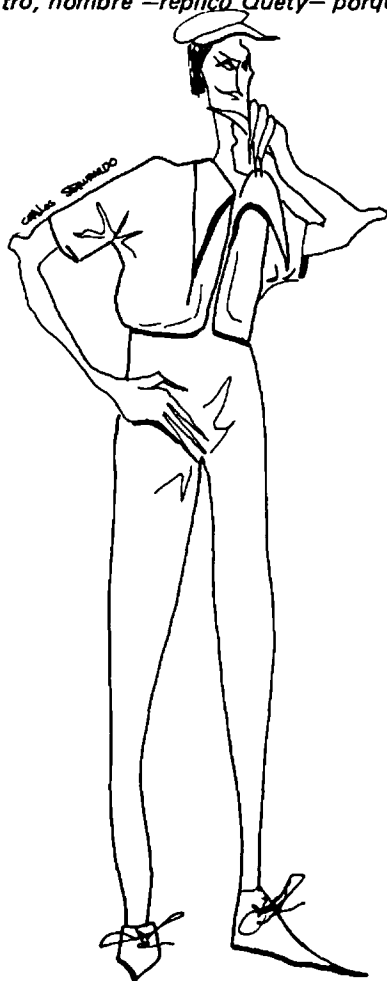
—Necesito que me gradees 40 manzanas.

—¿Palla cuando? —preguntó Pachanga, que era "media lengua".

—Para esta misma semana porque estoy muy apurado.

—Quiello vell, quiello vell cómo hago —prosiguió Pachanga— porque tengo otro hijueputa que también quielle gradeo.

—No digás otro, hombre —replicó Quety— porque entonces yo soy el uno.



CELEBRE VISITA

Hace mucho tiempo el Dr. José Francisco Rivas visitó a su amigo y vecino Dr. Isaac Montealegre. Llegó como a las ocho de la noche.

Y empezaron a conversar.

Amena la conversación, no sintieron el tiempo... y dieron las nueve.

Siguió la plática, ya agotándose los temas... y dieron las diez. Y dieron las once.

Doña Lily, esposa del Dr. Montealegre, cerró la puerta del aposento en forma que se oyó bien claro. Pero el Dr. Rivas siguió de frente y dieron las doce.

—Son las doce, Isaac —dijo significativamente el Dr. Rivas.

—Sí, José Francisco —contestó el Dr. Montealegre.

—Es bastante tarde ya —volvió el Dr. Rivas.

—Ciertamente —apuntó el Dr. Montealegre.

—Ya no circula nadie por la calle —insistió el Dr. Rivas.

—Claro, si ya es muy noche —contestó el Dr. Montealegre.

En ese chifletear el reloj dio claramente la una.

El Dr. Rivas estimaba mucho a su amigo, pero no para tanto. Y volvió a la carga.

—A la Quina (su esposa) no le asienta desvelarse —dijo ya más francamente.

—Ni a la Lily —contestó, ya un tanto enojado el Dr. Montealegre.

—Pero combinando ironías con indirectas dieron las dos.

El Dr. Montealegre se cabeceaba de sueño.

—Ve Isaac —dijo ya resueltamente el Dr. Rivas— perdoná que sea franco, pero en confianza te digo que es mejor que te vayas ya, porque es peligroso que llegués muy tarde a tu casa.

—Eso mismo te iba a decir yo, hombre —le contestó el Dr. Montealegre— pero como estás en mi casa...

El Dr. Rivas se golpeó fuertemente la frente.

—¡Ay, Dios mío, yo creía que estabas en la mía!

PERMISO

De dónde lo han sacado, yo no lo sé. Pero dicen que el Dr. I... O... dominado en todo por su esposa Doña C..., tenía que pedir permiso en forma ceremoniosa para ejercer un derecho conyugal.

"¿Se puede doña C....?" —preguntaba tímidamente.

Dicen, Sí, que nunca recibió una negativa.



PECECITOS DE COLOR

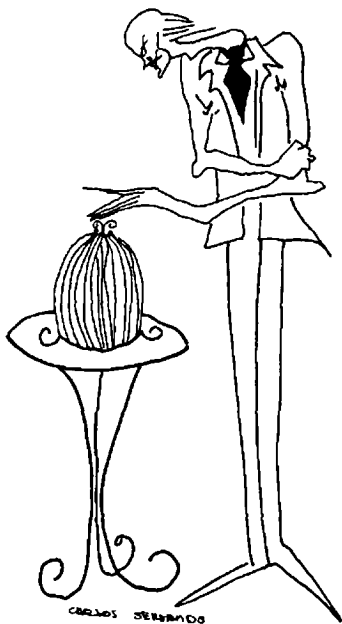
En los primeros tiempos del período conservador de los 17 años fue nombrado Ministro de Nicaragua en Honduras el distinguido intelectual de Chinandega, don C... Z... gran promesa entonces de la juventud.

No hay duda del talento y preparación del designado, pero en algo se combinaba la pobreza de entonces con la economía del joven y de allí que no estuviera muy al tanto de las costumbres sociales de aquellos tiempos, menos a la altura de la diplomacia. Pero tenía que asistir a muchas ceremonias, agasajos, cumpleaños, celebraciones, etc., y, además, cuando cumplió años él mismo, se vió agasajado en un hotel y lleno de obsequios.

Al tercero o cuarto día nuestro ministro asistió a una ceremonia donde encontró a un diplomático amigo que no concurrió a su cumpleaños, pero que tuvo la gentileza de mandarle un regalo precioso: un recipiente de vidrio con agua y unos bellísimos peces de color.

—Señor Ministro —lo saludó el obsequiante— No pude asistir a su cumpleaños por indisposición de mi salud, pero tuve el gusto de enviarle un presente. ¿Recibió los pececitos?

— ¡Ah, como no, claro que sí! Gracias. Estaban muy sabrosos.



GOLPE DEVUELTO

Don Marco Antonio Valladarez, padre de las legiones de Valladarez Martínez, era hombre ocurrente, de buen humor y bien listo, que afinaba sus sentidos a medida que envejecía.

Y como daba bromas, no era extraño que la recibiera también. Pero tenía habilidad para eludir las.

Una vez llegó a su casa una mujer que le preguntó si era cierto que él “sacaba la suerte” y “veía cosas” a través de una bola de cristal.

Don Marco no aparentó sorpresa y, por el contrario, contestó como si tal fuera un mago.

La mujer le expresó que había sido víctima del robo de unas “prendas” que no podía explicarse ni menos imaginarse el autor y que al consultar le habían aconsejado venir adonde él.

Don Marco le hizo varias preguntas buscando de dónde venía el “tiro”; y luego misteriosamente, se fue adentro y regresó con algo oculto que colocó sobre una mesita y que empezó aparentemente a examinar.

—Ve —le dijo a la mujer, después de un rato— La bola indica que el autor del robo es una persona que no parece, porque se ve decente.

La mujer quedó intrigada y pendiente de las palabras.

—Lo que confunde —prosiguió don Marco— es que parece que vosos de otro barrio.

—¿Y quién es, pues, señor?

Pero don Marco ordenó silencio con su dedo índice sobre la boca

—Pero aquí se aclara —siguió— Vive por San Antonio... a ver... es moreno, un poco gordo, de bigotes, pelo negro... Veamos mejor, sí... Aquí se confunde porque la bola se oscurece...

La mujer estaba ansiosa de oír el final.

—¿Dónde vive?

—Esperate. Voy a seguir analizando —dijo don Marco con tono de sabio.

—¡Ay, mis prenditas lindas! Siga señor.

—Ahora la bola parece aclarar la dirección.

—¿Así?

—De San Antonio... media cuadra a la estación...

—¿Cómo?

—Sí, contiguo a don Angel Molieri —prosiguió don Marco.

—¡No me diga! No lo puedo creer. Me resisto, no parece ¡Qué barbaridad!

—Pero aquí está claro —siguió aquel.

La mujer estaba por reventar.

—Parece que es médico —concluyó— Pero vamos a examinar mejor.

— ¡Ni siga, señor! ¿Para qué? —exclamó al fin la mujer casi en un grito— Es él, no puede ser otro. Claro que yo soy de otro barrio, pero llegaba adonde él. Me resisto a creerlo, pero no hay otro. Es él: El Dr. Juan Salinas.

— ¿Pero sabe lo que me confunde, señor? —agregó un poco desconsolada la mujer— El mismo fué el que me mandó adonde Ud.

Don Marco casi estropea su comedia tan bien representada por la risa que le causaba su desquite.



CARLOS SCRIBANO

REGRESO INESPERADO

El Dr. José Francisco Rivas, no sólo ejercía con prestigio su profesión de abogado, sino que administraba su hacienda Venezuela, a la que iba con frecuencia, no obstante los atrasos que algunas veces le ocurrían.

Como a las seis de la mañana de un día, partió de su casa montado en su caballo, camino de su finca, situada a varios kilómetros al occidente de Chinandega, que le llevaban cerca de tres horas para llegar.

Caminó cinco kilómetros y llegó a El Viejo; siguió adelante y avanzó otro tanto y un poco más.

Tal vez serían las nueve y próximo a su finca cuando el doctor tuvo una necesidad que sólo personalmente podía satisfacer y se bajó del caballo.

Este inmediatamente se puso a comer la hierba cercana y mientras buscaba más, dio vuelta hacia el oriente.

El doctor montó nuevamente en su cabalgadura y siguió adelante.

¿Adelante dije? Eran ya pasadas las once cuando apareció de regreso a su casa; y hasta en ese momento se dio cuenta de lo que le había hecho su caballo... y su distracción.



CARLOS SEAVARDO

¡QUE MARAVILLOSO ES EL TELEGRAFO

A Don Francisco García Martínez (Tata Chico Ñato) el hombre más sencillo del mundo y el más increíblemente inocente, con frecuencia le contaban las cosas más absurdas que él creía a pie juntillo.

Tata Chico preguntó cómo era que venían los telegramas por el hilo del telégrafo; y un bromista le contestó que el alambre era hueco y por él venía enrollado el papel del mensaje.

—¿Y cómo se hace para que corra por ese hueco? —continuó Tata Chico.

—Allá en León, de donde viene, hay una sopladora que lo empuja —le explicaron.

Tata Chico quedó admirado, pero siguió pendiente, para aprender más.

Y en otra ocasión, alguien volvió a insistir sobre la forma de transportarse los mensajes telegráficos y para que oyera Tata Chico repitió el cuento del hueco del alambre.

El viejo ya estaba más "ilustrado" sobre ese punto y agregó:

—Eso no es nada. Por ese hueco del alambre del telégrafo viene hasta jabón.

—¿Cómo es eso Tata Chico?

—Sí, —continuó— Yo oí una vez en el establecimiento de Hinckel que el dueño le dijo a un empleado:

—Pedí a Robelo en León que nos mande cinco cajas de jabón... por telégrafo.

Dr. JOSE FRANCISCO RIVAS...

Mi ilustre y respetado amigo Dr. José Francisco Rivas fue llevado a la prisión en ocasión de la muerte de Anastasio Somoza García en 1956. Y junto con 26 más, que integrábamos lo más visible de la oposición al dictador de Chinandega, fue recluído en una celda estrecha sin consideración alguna.

Si bien, todos, excepto yo, eran personas importantes de la sociedad y dignas de respeto, el doctor Rivas, por su edad, su vida rectilínea y su condición de ex-magistrado de la Corte Suprema, parecía el más merecedor.

El doctor sufrió la injusta prisión espartanamente.

En esa cárcel demostraría su superioridad y, además, haría honor a su fama de olvidadizo o de una "chifladura" excepcional.

En varias ocasiones hizo gala de ella; pero sólo me acuerdo de la mayor.

Como hacía tremendo calor, el doctor permanecía de pie frente a la puerta de barras de hierro que nos encerraba, para sentir un poco el aire que se colaba. Y cuando llegaba la hora de los "tiempos" el doctor se prestaba generosamente para pasarnos a cada uno la comida que nos llevaban.

—Comida de Alberto Avilez— decía el encargado.

El doctor tomaba el azafate y al tiempo que repetía el nombre de la persona mencionada, anteponiéndole el don o el título académico, lo entregaba.

Traían la comida de otro y el doctor seguía:

—Comida de don Ramón Guardián... y entregaba el azafate.

—Comida para el Dr. Munguía Novoa. Y hacía lo mismo.

En una ocasión llegó la comida para él mismo y el encargado dijo:
—Comida para José Francisco Rivas.

El doctor la tomó en sus manos y buscando al favorecido gritó:

"Dr. José Francisco Rivas... Dr. José Francisco Rivas", hasta que de pronto advirtió:

— ¡Ah, caramba, si ese soy yo!

EL MEJOR POETA

En un examen de niñas de Secundaria en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús el doctor Juan Munguía Novoa integraba el Tribunal Examinador, cuando se trató de la materia de literatura que las monjitas dejaban siempre para que el doctor se examinara a sí mismo.

En una de las intervenciones una niña fue preguntada por los grandes poetas de Nicaragua.

Naturalmente la niña comenzó por el de cajón: Rubén Darío.

—¿Otro más? —le preguntaron— y la niña siguió con Alfonso Cortez.

—¿Otro más?

La niña con un esfuerzo mencionó a Salomón de la Selva.

—¿Otro más?— continuó la profesora.

Las monjitas detrás de los miembros del Tribunal hacían señas y la niña no daba en el clavo.

Entonces intervino el doctor Munguía Novoa, perentoriando.

—Piensa bien —le dijo— Hay otros aquí mismo en occidente.

La niña volvió a ver al techo en busca de un santo que le soplara.

—Ah, —recordó— Azarías H. Pallais, de León.

—Correcto —apuntó el doctor—. ¿Y en Chinandega?

Fueron inútiles los intentos de las monjitas por hacer llegar el "soplo" de aquello que sucedía año con año.

—Te voy a ayudar — insistió el doctor— Es abogado y lo tenés muy cerca.

Pero la niña no había asistido a clase el día que se dio la consigna.

— ¡Juan Munguía Novoa, muchacha! — explotó al fin el doctor, contestándose a sí mismo— Perdiste tu sobresaliente por no recordar la Geografía del Profesor Arnoldo Arguello Gil, que me menciona entre los poetas de Chinandega.

TRASQUILADORES TRASQUILADOS

El Dr. Julio César Terán era un leonés que residía en Chinandega desde su juventud, cuando se casó con la chinandegana Sarita González. Magnífica persona, se dedicó al ejercicio de su profesión, la medicina, y, últimamente, a la siembra de algodón.

Pero por vivir en esta ciudad no perdió el Dr. Terán nada de esa licenciatura con post-grado en economía que traía desde su nacimiento. Y así lo demostró cuando se desataron los secuestros para sacar dinero hace como siete u ocho años. El doctor fue puesto en la mira de dos millones de córdobas, casi trescientos mil dólares de entonces. Y en un viaje a su finca, tres hombres armados lo llevaron a un lugar escondido en la montaña, no lejos, por cierto, de la carretera Los Millonarios.

—Escriba a su casa —le ordenaron— y diga que pedimos dos millones de córdobas por su rescate.

—Ay, muchachos —contestó el doctor— Esa cantidad sólo la conocí en la escuela cuando aprendí a sumar.

E hizo unos gestos tan convincentes, que aquellos bajaron de una vez a un millón.

—Ay muchachos, —volvió el doctor— ya quisiera tener yo la quinta parte de eso para darles la mitad voluntariamente, porque yo simpatizo con la causa de ustedes que me caen muy bien. Pero, ¿de dónde voy a tomar yo esos doscientos mil córdobas si hace cinco años que pierdo en el algodón y ya sólo tengo deudas?

El doctor se había bajado hábilmente el rescate considerablemente con una sola frase.

Los "muchachos" se retiraron para hablar a solas.

—Quedemos —le dijeron— en cien mil córdobas, es lo último, porque los algodoneros tienen reales.

—No, muchachos, —casi les llora— si los algodoneros somos los que estamos en peor situación. Ya no voy a poder ni sembrar el año que viene.

Los "muchachos" se disgustaron ante las evasivas.

—Si Ud. no manda a traer ese dinero, va a morir aquí mismo.

—Y yo mucho les agradecería ese servicio cuando esté en la otra vida, porque me evitarán seguir padeciendo en ésta, pues ya estoy viejo, con diabetes, mal de los riñones, alta presión y lesión en el corazón. Pero sería un error, pues yo pasaría a mejor vida y ustedes tendrán que enterrarme o dejar las señales de su hecho y la guardia puede encontrarlos.

A los secuestradores les llegó la reflexión porque no tardaron en

bajar el rescate a cincuenta mil; mas el doctor les dio otras razones tan buenas de su pobreza, que bajaron, ya en retirada, a diez mil y a continuación, a cinco mil.

La "víctima" siguió defendiéndose tan bien que los "muchachos" finalmente quedaron en lo último: que les diera únicamente lo que andaba encima.

—El alma en el cuerpo solamente y a punto de salirse, muchachos —les contestó el doctor al tiempo que volteaba los bolsillos de su pantalón.

Decepcionados y derrotados los secuestradores decidieron soltarlo, pero el doctor no conocía el camino.

—Váyase aquí recto y por allí llegará a la carretera donde tomará un camioneta que lo lleve a su casa.

Pero el doctor tampoco tenía fuerzas para caminar por lo que los "victimarios" tuvieron que chinearlo largo trecho hasta un punto cercano a la vía y allí se despidieron.

Regresaban ya, cuando el doctor los llamó:

—Muchachos, ya que han sido tan buenos conmigo, ¿podrían prestarme cincuenta córdobas para el viaje?

Cansados y confundidos de tanto batallar inútilmente, aquellos le dieron el dinero, para luego empezar a reprocharse e imputarse mutuamente de quién fue la idea de escoger para el secuestro a ese hueso leonés tan duro.



PRESTAMO AMPLIADO

Eran aquellos tiempos de juventud y soltería de mis amigos Drs. José Antonio Tigerino Altamirano y Luis Andara Ubeda, de despreocupación y bohemia.

Andaban de farra una vez, cuando se les terminó la provisión de fondos y aquella debía concluir; pero eso jamás lo iba a permitir Luis sin hacer un esfuerzo aunque éste lo hiciera otro. Así que le pidió a Toño que solicitara un préstamo de cincuenta córdobas a su pariente Efraín Tigerino.

Era éste, por naturaleza, arisco y resbaladizo; y por las circunstancias, sometido a la autoridad de su mujer, fuerte de carácter y dueña del dinero.

Toño advirtió la dificultad que encontraría, pero Luis le aconsejó que se le fuera de frente, de sopetón, sin vacilación.

—No lo dejés pensar —le dijo— y si se saca el dinero ayúdale quitándoselo de la mano antes de que se arrepienta.

Así fue. Efraín fue sorprendido y quien sabe por qué milagro se sacó el dinero; pero ya en la mano, como previno Luis, mostró vacilación que Toño no dejó desarrollar quitándole el billete.

No había pasado aún el efecto de la farra cuando Efraín empezó a cobrarle, y así siguió por mucho tiempo, naturalmente en vano.

—Ve hombre —le dijo en una ocasión—. Cumplí devolviéndome los cincuenta córdobas y con eso ya quedarás con buen crédito conmigo para volverte a prestar cuando necesités.

—No —le contestó Toño—, porque vos debés estimar que ese préstamo fue una equivocación y jamás vas a querer repetirla.

La transacción se convirtió en chiste del conocimiento de amigos y finalmente llegó a oídos de doña Elsa Reyes, esposa de Efraín, que empezó a tratarlo mal, echándole en cara hacer uso de su dinero para dejarlo en tan malas manos; y cada vez que veía a Luis y Toño de fiesta se lamentaba y exclamaba: “Ay, allí van mis cincuenta córdobas!” y reanudaba las tratadas a su marido.

Pasó el tiempo.

Un domingo, Efraín y su esposa asistieron al Estadio a presenciar un juego de beisbol; y estaban sentados ya, cuando aquel vio que entraban también los autores de su martirio. Inmediatamente se imaginó lo que le venía cuando los viera su esposa, y, tomando una decisión heroica, se dirigió disimuladamente al lugar por donde aquellos apuraban unas cervezas.

—Ve, —le dijo a Toño, al tiempo que sacaba de su cartera cincuenta córdobas— ya no aguanto a Elsa tratándome mal por el préstamo que te hice, cada vez que te ve pasar y, sobre todo, bebiendo. Así que he decidido perdonarte la deuda y arreglar este caso de una vez. Tomá este billete y cuando pasés frente a nosotros entregámelo delante de ella, diciéndome que allí me pagás.

Toño asintió, y tomó el dinero y Efraín dio la vuelta y se fue a sentar otra vez al lado de su esposa.

Aquel empezó a caminar cuando Luis lo haló de la camisa.

—¿Vas a ser tan bruto en devolverlo?— le preguntó.

Pero ambos entraron para buscar asiento.

Al verlos venir, Efraín suspiró de alivio, pensando que ya dejaría de padecer los reclamos de su esposa.

Al pasar frente a ellos, Toño detuvo el paso, sacó el billete y al tiempo que lo mostraba y lo volvía a guardar en su bolsa, le dijo a Efraín:

—Entonces con estos cincuenta córdobas, son cien los que te debo.

Y siguió adelante con Luis.



¡QUE TORCIDO!

Decía Julito Arauz Fitoría que su papá fue torcido en la vida.

—En primer lugar —decía— fue a escoger el oficio de músico tan poco remunerado.

—Y en segundo —proseguía— como músico fue a escoger la flauta como instrumento.

—Una vez —empezó a contar la historia— apareció por Corinto un yate de un yankee millonario, derrochador, ebrio y con gustos extravagantes; y estando fondeado el barco frente al puerto empezó un bacanal terrible y el millonario mandó a buscar una orquesta a Chinandega (porque en Corinto no había) que amenizara su fiesta, ofreciendo pagar muy bien. Era la gran oportunidad de los músicos de la ciudad y mi papá fue uno de los escogidos para integrar la improvisada orquesta.

Efectivamente, se organizaron, se fueron, subieron al barco y empezaron a tocar.

No tocaron mal en verdad los músicos chinandeganos y el millonario se entusiasmó y empezó a abrazarlos y felicitarlos.

—Mucho bueno, mucho bueno —decía— Y los colmó de regalos, licores, comida, etc.

Luego ordenó a su mujer que fuera a traer los dólares en billetes que fuera necesario y llenara de ellos los respectivos instrumentos de cada músico como regalo a éstos.

Demás está decir que el del contrabajo se remendó de verdad; y todos, unos más, otros menos. Pero no mi papá, porque cuando quiso llenar su flauta le costó meter los billetes y mal haya los que le alcanzaron.

Y siguió la fiesta, siguió la música y siguió bebiendo el millonario. Sólo medio dormían todos y luego proseguía.

Pero al tercer día empezó a dar malos síntomas. Quién sabe qué le pasaba. Estaba ebrio y tenía accesos de cóleras y todos sus servidores estaban asustados porque hacía cosas inauditas.

El amor y simpatía por los músicos se trocó en odio y repugnancia.

De repente se oyó un grito:

—Agarrar todo músico y meter cada uno su propio instrumento.

Los servidores corrieron a cumplir la orden que los músicos ni se atrevieron ni tenían fuerza ni voluntad para resistir.

Pero aquellos no pudieron hacer nada en realidad con las víctimas, porque era una misión imposible, excepto con el de la flauta”.

DON SEVENDERO

En aquellos tiempos en que algunos padecían nombres como "Corpóforo", "Procopio", "Canuto", etc. no habría mal lucido ése de Sevendero.

Yo hasta lo oigo suave, cadencioso; y creo que más de algún padre hizo bautizar con él a su hijo.

Al primero que se le oyó fue a Tata Chico Ñato al dar una dirección.

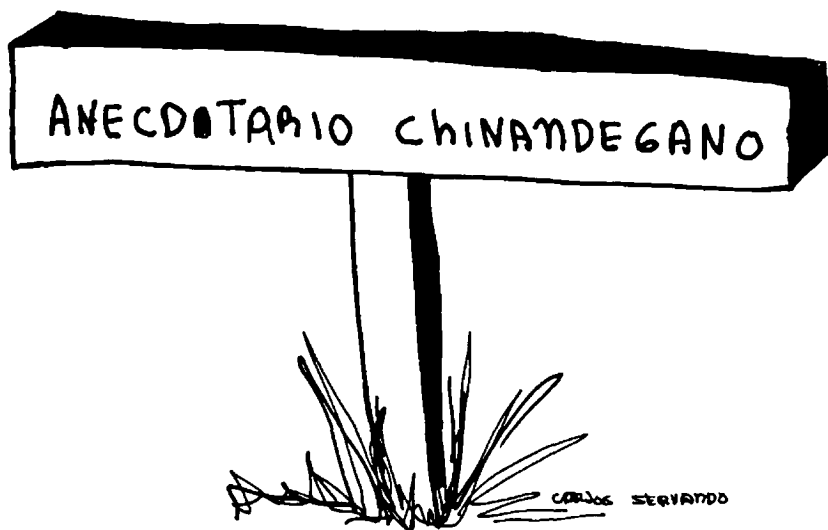
*"De donde don Sevendero Pahecha, tres cuadras y media arriba".
¿Quién era ese tal Pahecha que mencionaba mi pariente?*

Un forastero que apareció vendiendo ropa, puso un anuncio que decía solamente: "Se vende ropa hecha".

Tata Chico sabía leer, como un alfabetizado, y cada vez que pasaba frente al lugar se detenía y despacio silabeaba: Se-ven-de-ro-pa-hecha. Y, claro, suponiendo que se trataba del nombre y apellido del dueño del establecimiento, leía: "Sevendero Pahecha". Pero como persona respetuosa le anteponía el "don" para referirse a él.

Así saludó al propio dueño cuando un día llegó a preguntar:

—"¿A cómo vende estos pantalones, don Sevendero?"



MONEDA LEGAL

En los últimos años de su existencia, el doctor Domingo Rivas Sansón, visitaba cotidianamente el estancuito de doña Lupita y a medio día se "disparaba" uno de a cinco (centavos de otros tiempos). Doña Lupita le servía, se lo tomaba, pagaba, decía "adiós" y hasta el día siguiente.

Una vez el doctor pagó como siempre... pero con un "nikle".

¿Qué era eso? Era monedita de los tiempos de Zelaya, el dictador, sin valor legal desde la ley monetaria de 1912, pero que tenía casi el mismo tamaño y el mismo color que la de a cinco.

Se formaba por una aleación con níquel y de allí su nombre que el pueblo por metátesis cambió por "nikle"

Esa moneda se prestó durante muchísimo tiempo para "estafar" si así puede llamarse a ese acto, que ahora da risa, de meterla por una con valor legal de cinco centavos.

Doña Lupita, después de contestar el "adiós" del doctor, al observar la moneda, casi indiferente, para guardarla, notó que era un "nikle".

—Debió ser una equivocación del doctor o que no se fijó—se dijo así misma—. Bueno —agregó— es buen cliente y nada vale perder una vez. Pero...

Al día siguiente volvió el doctor y pidió su trago, lo tomó y pagó con un real. Doña Lupita le dio la vuelta (o el vuelto, como decimos en Nicaragua): el mismo nikle.

Don Domingo se fue sin decir nada; y doña Lupita quedó satisfecha de la operación.

Al tercero regresó el doctor. El trago y otra vez pagó con el nikle.

Al cuarto doña Lupita dio la vuelta con el mismo.

Al quinto otra vez el doctor con el nikle. Pero a doña Lupita ya no le gustó la cosa, porque comprendió que no era accidental y le protestó.

—¿Qué te importa que yo te pague con un nikle si cuanto te doy mayor valor te lo recibo como vuelta?—le pregunta el doctor. —Aunque no sea legal, entre nosotros corre.—agregó.

Doña Lupita tuvo la explicación por buena y la monedita de níquel corrió "legalmente" entre ambos contratantes por mucho tiempo, hasta que, años después, el doctor falleció y doña Lupita, claro está, perdió los cinco centavos.

SECRETO A LA FUERZA

Don Rodolfo Zelaya Alaniz estaba solo en su casa, porque su señora y pequeños hijos permanecían fuera de la ciudad. Y quiso aprovechar la ocasión, conviniendo una visita.

Cuando se acercaba la fémina, advirtió con horror que, esquina opuesta, en la puerta de su casa, doña Virginia tejía con un ojo solamente.

Don Rodolfo esperó que se metiera para dar la señal. Pero era en vano, porque la dama no iba a perderse de ese plato.

—Doña Virginia —le dijo al fin, a través de la calle— veo con suerte que sólo Ud. me está viendo por lo que estoy seguro que nadie lo va a saber.

Y sólo por eso no lo supo su esposa ni el vecindario, porque sería la única vez que doña Virginia guardara un secreto.



UN RELOJ BIEN COMPUESTO

Yoya (Aurora) Martínez, encargada por el padre Andara, párroco de Santa Ana, para que cuidara del buen funcionamiento del reloj de la iglesia, nunca pudo encontrar un relojero capaz y honesto que lo dejara bien, hasta que un día, después del incendio de 1927, apareció el jovencito Gonzalo Rivas Novoa (que después se conocería por Ge Erre Ene) recién venido de Managua.

Cuando éste fue a ofrecerle sus servicios asegurándole que había hecho estudios especiales en la Casa Morlock, la Yoya no quiso creerle ni mucho menos pagar adelanto alguno para repuestos, cansada de tanto sufrir engaños y estafas.

Pero Ge Erre Ene fue muy claro y convincente cuando le dijo que no le pagara nada hasta que no comprobara oyendo con sus propios oídos, las horas y media hora sonando exactas en un día.

—Así, sí —dijo Yoya— y arregló el precio por veinte córdobas, muy hermosos entonces.

—Muy temprano lo voy a arreglar —le prometió Ge Erre Ene— y ya desde las ocho podés empezarlo a oír. No perdás ninguna hora porque voy a dejar perfecto ese reloj.

Llegó el día y la Yoya no hizo otra cosa que parar las orejas para escuchar bien. A las ocho de la mañana el reloj con exactitud dio ocho campanazos clarísimos. A las ocho y media, un tan; a las nueve, nueve campanazos y así siguió todo el día.

Cuando escuchó las cinco de la tarde, la Yoya no pudo menos que exclamar ¡Hasta que al fin encontré una persona honesta y competente!

Ge Erre Ene entraba a la casa casi inmediatamente.

—¿Estás o no satisfecha?

—Lo confieso que sí. Te felicito —le contestó la Yoya.

Le entregó el valor convenido; y no se preocupó más por el reloj el resto del día.

Pero al siguiente la Yoya quiso seguir escuchando y el reloj no volvió a sonar.

Cuando se apareció al pie de la torre y habló con el campanero, éste le informó que el joven que había enviado a componer el reloj, quien sabe por qué, estuvo todo el día en el campanario dando a mano las horas y las medias horas hasta las cinco de la tarde.

A esa hora ya Ge Erre Ene volaba con sus veinte córdobas.

CASI UN INFARTO

El Dr. Juan Munguía Novoa casi tuvo un infarto por el disgusto que sufrió hace años.

Acababa de regresar de su primer viaje por Europa; y según contó, había sido, además de placentero, exitoso, pues fue agasajado por la intelectualidad española; el papa en Roma le delegó para bendecir en su nombre a Nicaragua; y había concertado en Alemania un pionero convenio para exportar veinte mil toneladas de achiote. En fin, tenía mucho de que enorgullecerse... o de ensanchar su orgullo.

Pero el doctor siempre tiene razón para quejarse de la ingratitud de su ciudad que no reconoce suficientemente sus méritos, que es indiferente, o, en algunos casos, le juega una broma.

Al día siguiente de su regreso, el doctor dispuso disfrutar de la visita de su ciudad y del saludo de sus coterráneos.

Salió de su casa, alzó más los hombros y acentuó al andar su natural balanceo lateral.

¿Pero por qué se le ocurriría dirigirse hacia arriba por donde tendería que pasar frente a los Velásquez Prieto?

María Teresa conversaba en la puerta de su casa con una amiga, cuando lo vio venir y algo le dijo a aquella al oído.

Cuando el doctor pasó, María Teresa lo detuvo y saludó:

—Hola Juan! ¿Cómo te fue en tu viaje? Y sin esperar respuesta concluyó: “Me alegra verte de nuevo por aquí”.

El doctor reanudaba ya su camino, cuando la persona que conversaba con María Teresa lo saludó:

“Doctor, ¿cómo le fue en su viaje por Honduras?”.

ASI SE LO DECIA...

Muchas cualidades tuvo el Gra. Paulino Norori, entre ellas su valentía demostrada en los combates por la causa del Partido Liberal en la guerra de 1926. Pero ciertamente no era un Adonis.

En 1930 llegó a ser alcalde de Chinandega; y estando en ese cargo se casó y del matrimonio nació una niña.

La niña Juanita Salinas, acompañada de una amiga, fue a conocerla.

La pequeña casa del general, situada frente a la de los García, se componía de dos piezas frente a la calle, una, la de un extremo, que servía para aposento, otra contigua, para sala y, además, un pequeño zaguán en el otro extremo, por donde metía y sacaba su caballo.

Al conocer a la recién nacida, la niña Juanita empezó a hacer sus exageradas alabanzas.

—Lo felicito, general. Tiene Ud. una niña bella.

—Muchas gracias, niña Juanita, por su amabilidad, pero la niña es fea como su padre.

—No, general, —insistió— si parece un angelito.

—Muchas gracias, niña Juanita; pero la niña es negrita y fea como yo.

—Pero es que tiene unas perfecciones que la hacen bellísima general.

Este ya no dijo nada, porque casi toma a burla aquellas alabanzas y, llamado de adentro, se retiró. Parece que algo iba a recibir por el zaguancito.

La niña Juanita y su acompañante se despidieron de la esposa del general con otros ditirambos sobre la belleza de la recién nacida. Cruzaron la sala, salieron a la calle y pasaban frente al zaguancito, cuando la niña Juanita preguntó a su compañera:

—¿Viste que muchachita más fea?

En ese instante el general abría la puertecita del zaguán y le contestó:

—Así se lo decía yo, niña Juanita; así se lo decía.

NO ESTABA AL DÍA

Allá por el año 1946 se agitaba el país, con las ambiciones del Gral. Anastasio Somoza García para perpetuarse en el poder.

El país fué testigo de las primeras manifestaciones claramente antisomocistas.

Somoza tuvo que renunciar a la reelección y autorizó la precandidatura de Lorenzo Guerrero y Alejandro Abaunza; y ambos "cogieron la vara".

Cuando llegó la hora de que eligiera la Gran Convención del Partido, salieron empatados. De nuevo el conteo, y de nuevo el empate.

Así las cosas, el Dictador sorprendió a todo proponiendo al Dr. Leonardo Argüello como candidato de conciliación; y es claro que fue electo.

Su prestigio y su vejez fueron su escudo y Somoza ordenó seguirlo.

Los somocistas empezaron a recordar y ensalzar sus virtudes que habían olvidado por tantos años.

Y vino la elección. Ganó con 9.842 votos contra 287.456 del candidato de la oposición Dr. Enoc Aguado.

Pero el viejo resultó hueso duro para Somoza y no se prestó para ser juguete.

Así que antes de que las cosas se le complicaran, Somoza le dio el golpe en la noche del 26 de mayo de 1947, a los 26 días de su mandato.

Al amanecer del 27 debía recorrerse filas para limpiar el campo y dejar sólo a los "verdaderos". Así que muy temprano se presentó un grupo de civiles vociferantes y armados, a casa de don Jesús Reyes Morales, Jefe de Comunicaciones y al requerimiento se despertó y abrió la puerta.

—¿Quién vive? —gritaron los facciosos.

—La Patria —contestó solícito, don Chu.

—¿Con quién está Ud?

— ¡Claro que con el Dr. Leonardo Argüello!

Estaba mal informado y de inmediato procedieron a amarrarle.

—¿Qué pasó, qué pasó? —preguntó alarmado— Yo soy leal al presidente.

—Precisamente por eso va detenido —le dijeron— y para corroborarlo le dieron un empujón y lo llevaron amarrado a Managua.

PICADILLO

El Dr. Hugo Astacio Cabrera, con más frecuencia de la necesaria salía de farra con el Dr. José Antonio Rodríguez, y su esposa doña Triny ya repartía la culpa entre los dos.

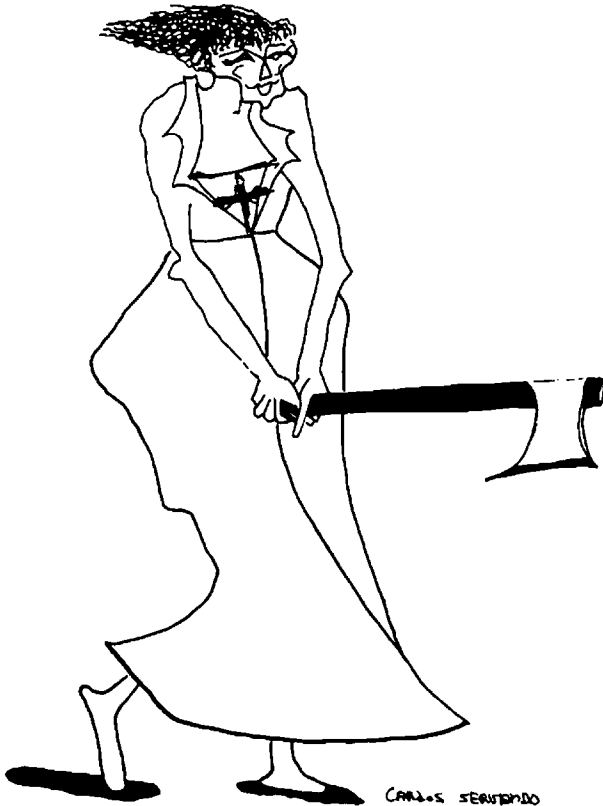
Un día se encontró en una reunión Mingocho Montealegre, hermano de aquella, con el Dr. Rodríguez.

—Ve —le dijo— ahora que me acuerdo, mi hermana quiere que le regalés un retrato tuyo.

Extrañado y halagado el doctor Rodríguez le preguntó:

—¿Para qué querrá un retrato mío doña Triny?

—Parà hacerlo pedacitos —le replicó Mingocho— ya que no puede hacerte a vos picadillo.



¿QUIEN QUEBRO LA NAVAJA?

Cuando los hijos del matrimonio de don Luis Velásquez y doña Concha Prieto estaban pequeños, pasó un terrible percance.

Sucedió que la navaja de rasurar de don Luis apareció quebrada.

El maestro Luis, ejemplar marido y padre, era, por otro lado, muy severo.— Y quebrarle la navaja en aquellos tiempos era algo catastrófico.

Al enterarse estalló:

—¿Quién quebró la navaja?

Nadie respondió'

—Concha, ¿vos no te diste cuenta?

—No, Luis; no me he dado cuenta.

—¿A ver, Adolfo?

—Yo no fui, papá.

—¿A ver, Luis Andrés?

—Yo, tampoco, papá.

—¿Juan?

—Yo no sé nada.

Todos fueron interrogados y los niños sacudidos en sus posaderas severamente, pero nadie abrió la boca para delatar.

Algún día lo voy a averiguar —dijo don Luis— y ¡ay! del que haya sido.

Todos se miraron significativamente.

-----*-----
Pasaron veinte años del feliz matrimonio.

Una vez, ya adultos los hijos, doña Concha cumplió años y los tiempos habían cambiado y hubo festejos. Hubo licor en aquella casa y desde luego almuerzo, música, pues todos habían heredado el arte del padre; y humor en abundancia, pues todos habían heredado el de la madre. Y también hubo poesía.

Juan declamó el poema que había compuesto para la ocasión.

Hacía el elogio de su padre y de su madre y del hogar; recordaba tristezas y alegrías. Recordaba incidentes en el correr de la vida.

“¿Recuerdas, madre mía —decía en una estrofa— cómo era nuestro padre cuando chicos que tanto le temíamos?

¿Recuerdas aquel terrible día cuando apareció quebrada su navaja de rasurar?

¿Y Recuerdas cuanto te amábamos tus hijos que cerramos bien firme la boca mientras sufríamos su castigo, a pesar de que sabíamos que tu habías sido la que quebraste la navaja?

Allí fue Troya. Don Luis que oye y sabe al fin quién fue el autor o la autora de la quebradura de su navaja, se levanta e interrumpiendo la declamación dice casi iracundo:

—¿Así que fuiste vos, Conchá? ¡Cómo no lo supe entonces!

DESEO QUE AL RECIBO DE...

Nadie como mi hermanito Orlando llevaría tan adelante el uso de aquella entrada tan corriente ~~para~~ para las cartas, sobre todo cuando uno escribe por primera vez en el Colegio.

Se creó un problema de traslado por pasarse a medio año del Pedagógico, en Managua, al San Ramón, en León; y tuvo que dirigirse al Ministro de Instrucción Pública único que podía resolverlo.

"Querido Señor Ministro: Deseo que al recibo de la presente se encuentre gozando de salud... en unión de todos los Ministros..."



“CLARA” Y ENERGICA CONTESTACION

Cuando fue gerente de la Casa Griffith mi recordado amigo Ernesto Cerna, recibió una carta del respectivo de la Casa Vassalli, en la que le atribuía intervención sobre tres puntos mal venidos y le pedía explicación sobre ellos.

Ernesto, naturalmente, se puso “bravo”.

—Ve, —le dijo a su secretario— le voy a contestar enérgicamente a este señor para que no me ande enviando esta clase de misiva. ¡Tomá la máquina que te voy a dictar! Empecemos.

Y empezó a dictar detalladamente fecha, dirección e introducción:

“Corinto, 7 de agosto de 1951. (Aparte). Señor Gerente de la Casa Vassalli y Cía Ltd. (Aparte) Ciudad. (Aparte) Muñ señor mío: (Aparte) Recibí su comunicación del 5 de los corrientes en la que me pide aclaración sobre tres puntos en que Ud. supone que la Casa Griffith ha tenido intervención. (Aparte). Paso a contestarle uno por uno de la siguiente manera (Aparte).

—Ve, —prosiguió Ernesto con su secretario— hay que ser fuerte con este señor.

—Ajá —dijo aquél.

—A la primera pregunta me le ponés muy claro: ra ra ra. A la segunda, bien tajante: ra ra ra. Y a la tercera, en forma semejante: ra ra ra. ¡Para que sepa quienes somos nosotros!

—Alístala —concluyó— que ya regreso en la tarde para firmarla.

EL MEJOR ALGODON

Allá por los primeros años de esta etapa mecanizada del algodón, la fiebre llegó al Dr. Juan Munguía Novoa; y dejando un tanto su profesión y sus lecturas, sembró, cultivó, fumigó y cosechó el mejor algodón de Nicaragua.

Su finca se llamaba La Bayoneta y algunos amigos nos comprometimos a facilitar nuestros vehículos para la atención de esa empresa, sólo que como yo era su vecino más cercano, fui el que más cooperé. Por ello recibí del Dr. Munguía Novoa la medalla de Caballero de la Orden de la Bayoneta en agasajo efectuado en El Refugio.

Pues bien, ya avanzado el cultivo, el algodonal ostentaba su hermoso y verde follaje, con guayabas en avanzada de la cosecha y aún en plena florescencia. Y lo mejor aún: totalmente libre de plaga, según anunció el doctor.

Con toda solemnidad invitó a su esposa Toyita para ir a conocerlo y, por supuesto, que fueron también sus dos hijos Juan Alvaro y Juan Ernesto.

En verdad Toyita quedó satisfecha a la primera vista del hermoso sembrío. Pero fiel a la tradición femenina, injustamente dudó del decreto Munguía Novoano y empezó a buscar picudos en las flores.

No había hurgado en la tercera cuando encontró el primero.

— ¡Juan! —dijo alarmada— Aquí está un picudo.

Juan la miró con ojos de reproche.

— ¡Tonterías! —contestó— Debe ser algún picudo vago que se ha venido del algodonal de los Velásquez, sin duda buscando mejor alimento.

Toyita siguió adelante.

— ¡Juan! —grito ya más alarmada— Aquí está otro.

— ¡Claro! Debe ser un compañero del otro vago, como los Velásquez.

Toyita siguió. Y eso no es nada: siguieron los hijos buscando picudos y encontrando más de la cuenta, hasta que el doctor los paralizó:

— Hemos venido solamente a admirar y alabar el algodón. Ya dije que no hay picudos y el que vuelva a encontrar otro no vuelva a venir.

AUDACIA

*El Dr. Juan Munguía Novoa sembró dos o tres manzanas de achio-
te, con gran previsión, como un producto no sólo para el consumo lo-
cal, sino con posibilidades de exportación. Y en uno de sus viajes por
Europa fue a Alemania y propuso venderlo.*

*El funcionario encargado se interesó en el negocio y para empezar
le pidió un envío inicial de cinco mil toneladas (cien mil quintales).*

*El doctor concertó el arreglo... en principio... para mientras con-
seguía el complemento de noventa y nueve mil novecientos noventa
quintales que le faltaban.*



PERITAJE BAJO PRESION

El "humus" de la huerta La Bayoneta que tan frondoso algodón produjo al Dr. Juan Munguía Novoa el primer año, había desaparecido y el sembrío estaba muy lejos de parecerse a aquél.

El doctor, al preguntársele, admitía con modestia, a sólo dos meses de sembrado, que su algodón sólo era ya uno de los mejores de Nicaragua; al mes siguiente, que no estaba como el del año anterior; y desde el cuarto en adelante guardó prudencial silencio.

Al reventar las pocas guayabas, Juan me llamó para confiarme un secreto militar: que su algodón no estaba muy bueno; y, al mismo tiempo, me pidió que fuera con él a la huerta para que le hiciera una estimación de lo que produciría.

Sabía lo difícil que es esa función, pero no pude negarme.

El algodón estaba malo en verdad y yo estimé para mí mismo en cinco quintales por manzana la producción. Pero decirlo era otra cosa.

—¿En cuánto estimás la cosecha por manzana? —me preguntó Juan.

Yo me resistía a dictaminar y empecé a poner pretextos.

—Bueno, —le contesté— en realidad yo no tengo experiencia como para hacer un estimado que tenga valor.

—Pero decime, a tu juicio, ¿en cuánto estimás la cosecha?

—Ve, —seguí con mis dilatorias— muchas veces uno se engaña, estimando una cosecha a simple vista y después resulta que es mucho mayor.

—Ajá. Pero vamos, pues, decí.

—Es mejor hacer cálculo conservador en estos casos.

—¿A ver, pues?

Yo no quería que llegara el momento de dar mi dictamen.

Pero Juan me seguía requiriendo y tenía yo que prepararle la alfombra donde cayera desde lo alto.

Tomando fuerzas de flaquezas me decidí y le dije:

—Sinceramente, yo te voy a decir que...

La vio venir, sin duda, cuando tomé la decisión, porque inmediatamente me atajó:

— ¡Un momental ! Te advierto que no permito peritaje menor de quince quintales!

¿QUE ES LO QUE QUIERE?

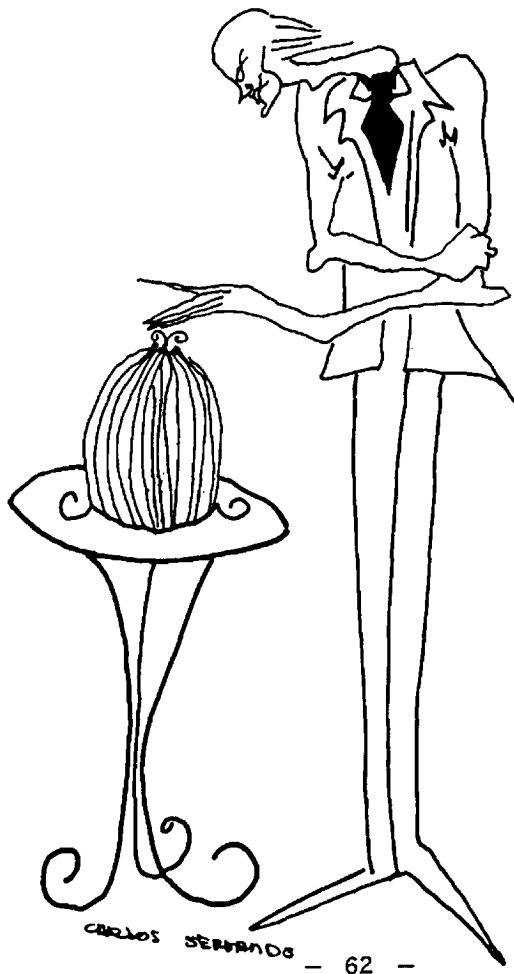
Era Presidente de Nicaragua el general José María Moncada que usaba de sus ironías con gran frecuencia y oportunidad.

Una comisión de liberales de Chinandega, entre los que se encontraba don F... M..., llegó a visitarlo.

Y entre los regalos que le llevaban destacaba el de éste: una jaula con un canario.

Moncada se acercó al presente y exclamó:

"Y este pajarito, ¿qué es lo que quiere?"



TELEPATIA

Yo no se si son exageraciones o un recuerdo infantil alterado; pero para mi amigo de la infancia Dr. Guillermo Curran, lés Tigerino Rojas, sus tías que lo criaron desde muy tierna edad y que vivían en mi vecindario, eran una maravilla de información.

Y lo más raro es que todo sabían sin salir de su casa. Según Guillermo su tía Enriqueta no había puesto el pié en la calle desde la edad de quince años. Pero conservó en su cabeza el mapa de la ciudad y el conocimiento de sus habitantes. Las modificaciones que se hacían al pasar el tiempo las "apuntaba" en su cerebro, según le llegaba nueva información. Sólo así se explicaba Guillermo que después de treinta años de no salir, su tía lo enviara a un mandado con una dirección precisa adonde acaba de pasarse un vecino a una casa recién construida con tablas, en el fondo del solar.

¿Cómo sabía esas cosas?

Pero eso no es nada. Según Guillermo su tía Queta y sus demás tías sabían las cosas antes de que sucedieran.

Y él, a pesar de andar por las calles de Dios vagando y viendo el mundo y lo que sucedía, jamás pudo llevar una noticia que ya no fuera del conocimiento de sus tías.

Era inútil. Pasaba por un lugar cuando estaba sucediendo un hecho, digamos, un incendio, por ejemplo. Guillermo corría con la noticia a su casa, cuando sus tías! le preguntaban al llegar:

"¿Ya dominaron el incendio en la parte de abajo para que no se pase a la casa de Sofiita?" Y luego le daban los pormenores de cómo empezó el siniestro.

Guillermo no cejaba porque algún día tenía que llevar una noticia que sus tías no supieran. Efectivamente, se le presentó una oportunidad cuando asistiendo a un "toro encuetado" en El Calvario (a cinco cuerdas de su casa) pudo observar sorprendido, como muchos, que un hombre se lanzaba contra otro, puñal en mano. La víctima corrió, pero tropezó y cayó al suelo, lo que aprovechó el ofensor para asestarle puñaladas mientras el pobre hombre estaba caído.

Guillermo sólo pensaba en la noticia para sus tías y no pudo observar la tercera puñalada, porque a la segunda arrancó camino de su casa a todo correr.

Llegó jadeando y quiso comenzar a dar la noticia, cuando su tía Queta lo detuvo:

"No te fijaste cómo el hombre evitó la tercera puñalada del asesino. Se levantó y huyó. Por aquí pasó corriendo".

Desde entonces Guillermo desistió de llevar noticias a su casa.

OBEDIENCIA

Quando el Dr. José Antonio Tigerino se casó en segundas nupcias decidió no volver a ingerir licor y así lo prometió a su esposa.

Pero ciertamente no tuvo la culpa de faltar a su promesa, porque no pudo resistir la tentación cuando, al medio año de casado, observó que por toda la casa se le invitaba a beber.

Efectivamente leía en pañales, fundas, vestidos, sábanas y en cuanta cosa de éstas llevaba su esposa a casa:

Bebé. Bebé. Bebé.

Y obedeció.



SI QUIERE QUE...

Asombra saber hasta dónde llegaban antaño las rivalidades de barrio en Chinandega.

Hace casi 40 años vinieron a Santa Ana y El Calvario sendas imágenes de la Virgen de Fátima y cada parroquia festejó a la suya compitiendo por sobresalir. Esto originó tremenda rivalidad llevada al extremo de apodar recíprocamente a las mismas imágenes.

La cosa terminó en disgusto y la "guerra" se extendió a otros Santos y hasta el mismo Papa Chu.

Vino la Cuaresma y el primer Viacrucis; y salió de Santa Ana la procesión hacia El Calvario como ha sido tradicionalmente. Ante malos presagios, en esta vez la acompañaba el párroco padre Quico.

Pero cuando aquella se acercaba al atrio para entrar luego al templo, el santo padre Abel Ruiz, manos entrelazadas con sus feligreses, hizo valla para impedirlo.

La procesión dio la vuelta para regresar a Santa Ana y el padre Ruiz, frotándose las manos, dijo:

"Si Quico quiere que su Viacrucis entre a El Calvario, que se haga su calvarito".



PRETEXTO

Por aquellos tiempos de transición entre la Constabularia y la Guardia Nacional, nuestro atorrante poeta Manolo Cuadra, sentado frente a una humilde mesa de un peor estanco, ingería aguardiente con un amigo, cuando apareció con gesto aterrador un guardia. Precipitadamente emprendieron las de Villadiego y cayeron en otro lugar semejante, todavía ebrios.

El poeta escribió sobre un sucio papel:

*—En el estanco existen cucarachas,
tres botellas vacías y una llena.*

*En el silencio sólo el ruido suena
de los vasos que enjuaga una muchacha.*

*El humo del candil nos causa pena
y agrega lobreguez a nuestra facha.
Nuestras ilusiones más que gachas
han salido a correr una verbena.*

*Por el sórdido barrio solitario
un guardia nacional constabulario
avanza hacia nosotros, duro el gesto.*

*Emprendemos la fuga. Todo cruje;
y está la cantinera hasta que ruje,
pues no pagamos con el tal pretexto.*

¡Y TE FUISTE MARCELINO!

¿Sabe Sucre Frech y el público que lo escucha de dónde proviene la frase con que remata su descripción cada vez que la bola bateada se va de jonrón?

El popular locutor deportivo aplica con oportunidad y gracia la expresión “y te fuiste Marcelino”, habiéndola pegado por allí, sin duda difundida por algún chinandegano.

Allá por el año 1931 falleció el joven Marcelino López D’Arbelle en una hacienda de su padre, cuando al intentar bajar de su caballo dejó caer su rifle sobre la culata, disparándose accidentalmente.

Su muerte impactó el sentimiento ciudadano y doña Sara Prieto de Rodríguez —ilustre maestra— compuso un poema recordatorio de la tragedia. Pero no fue sino unos años después, en ocasión de una velada literaria que se dio en Chinandega en el teatro Alhambra, que lo escuchamos declamado por su hija Manuela.

En cada estrofa del poema la autora cantaba la belleza del campo y el correr feliz de la vida del joven fallecido al tiempo de su muerte, repitiendo al final: “Pero ese fue tu destino y te fuiste Marcelino”.

Al llegar al estribillo la declamadora, afectada probablemente por la emoción, se le salía lo que en Nicaragua conocemos por “un gallo”, circunstancia que mucho llamó la atención del público crítico que salió de la velada comentándola y repitiéndola o más bien rememóndola, algunos con excepcional habilidad como el Dr. Federico Escoto.

De tan repetido el estribillo muchos empezaron y terminaron por asociarlo con el punto final de una cosa, usando ya solamente la frase de “te fuiste Marcelino” como complemento.

Al pasar el tiempo se perdió su uso, pero alguno de los que no lo olvidamos hizo correr la frase fuera de Chinandega, la que llegó a oídos de Sucre Frech para que, reviviéndola, la lanzara al aire y popularizara como un dicho más del hablar nicaragüense.

PARA REPONER

Era por aquellos tiempos cuando los funcionarios no sabían muchas veces ni escribir... como algunos todavía.

Mi vecino don Francisco Medina fue designado Director de Política, al subir al poder el Partido Liberal.

Se las daba de funcionario muy importante. Y se dirigía constantemente a otros para darle sus opiniones políticas.

El Secretario escribía y escribía mientras don Francisco dictaba carta tras carta.

Una vez se dirigió en largo párrafo al Ministro e inspirado lanzaba palabras tras palabras al secretario sin acordarse de la puntuación. Cuando éste llenaba ya la página, le advirtió:

—Acuérdese, jefe, que hae rato que no ponemos ni punto ni coma.

Don Francisco asintió e inmediatamente encontró la solución:

—Poné entonces puntos suspensivos para reponer.

Y siguió campantemente, dictando.



BIENES QUE SE DEJAN

El Chelón Montealegre, don Salvador, el personaje inolvidable de Chinandega, de quien ya dije algo, gastaba bromas a diestra y siniestra y las jugaba aún a las mismas personas que ya habían sufrido otras de aquel humor inagotable.

Un día llamó a un abogado, muy serio, por cierto.

—¿Trae papel y pluma para dictarle mi testamento? —preguntó muy seriamente.

El abogado llegaba listo y se llamó a los testigos. Redactó el encabezamiento y luego don Salvador declaró con solemnidad su ascendencia, su religión y otras declaraciones del ritual testamentario.

Al llegar al punto de la enumeración de los bienes, el abogado hizo una pausa para escuchar mejor y se dispuso a continuar la redacción.

—Dejo la casa en que vive el padre Echeverz —empezó don Salvador— y la Casa Cural —agregó.

El abogado sorprendido, levantó la pluma y miró sobre sus lentes.

—¡Pero esas cosas no son tuyas, don Salvador!— exclamó.

—Precisamente, por eso las dejo —contestó campantemente el Chelón.

Y allí se acabó la escritura.



ATENCION OPORTUNA

A la casa del Chelón muchos de sus amigos llegaban a hacer cosas que no son corrientes.

Y como los visitantes eran confanzudos; y como permanecían allí más del tiempo reglamentario... pues ocupaban servicios necesarios más allá de la cuenta.

Julito Araúz Fitoria jalaba por aquél tiempo con la que después fuera su esposa, Esperancita Palma Escamilla, cuya familia residía al frente, un poco más allá.

Antes y después de las visitas a la novia, Julito pasaba saludando, o más bien molestando al Chelón con alguna broma, noticias falsas, etc.

Una vez llegó apurado.

—¿Puedo bañarme aquí don Salvador?—preguntó Julito.

—Puede bañarse el muy chancho que bien lo necesita— contestó el Chelón.

—¿Y podría facilitarme jabón y toalla?

—Claro, aquí hay de todo (aunque muy poco hubiera). Entre al baño y allí se los envió.

El Chelón hablaba con tono autoritario y Julito obedeció.

En aquella interminable guerra de bromas pesadas, Julito abusó más que usó del jabón y se limpió —no digo secó— con la toalla que dejó remojada y sucia.

—Aquí le devuelvo sus cosas —le dijo al salir— El jabón está un poco gastado y la toalla sucia y lo demás...

Pero allí se los voy a reponer cuando regrese de mi viaje por Europa.

Julito quedó esperando la respuesta iracunda para festejarla.

Pero el Chelón aparentó indiferencia y recibiendo las cosas y entregándolas a su sirviente, le ordenó:

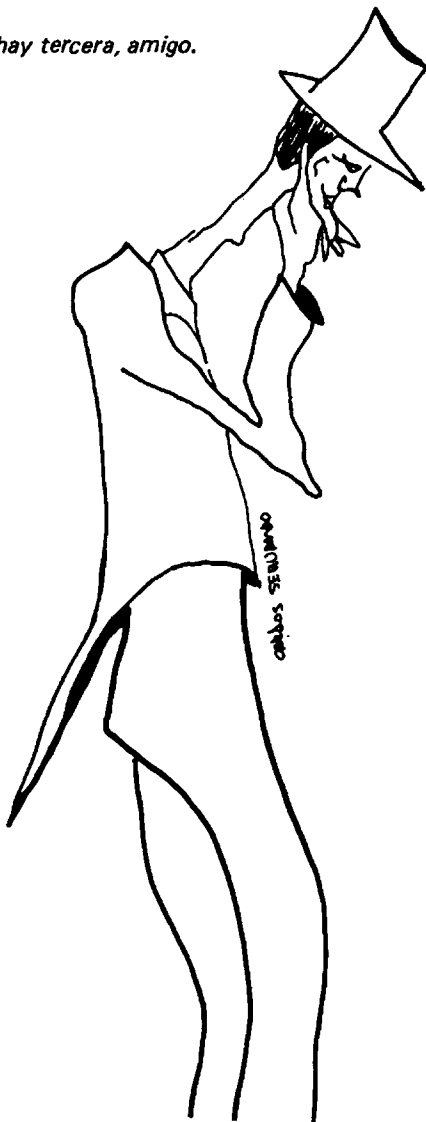
—Vaya a donde la niña Esperancita, le entrega ésto y le dice que allí le devuelve su novio lo que le mandó a prestar para bañarse.

NO HAY TERCERA

Dicen que dos Francisco Reyes, el hombre más rico de Chinandega, hacía cosas inauditas en pro de su economía, como viajar en segunda clase en el ferrocarril.

—¿Por qué viajas en segunda, don Pancho?— le preguntó la imprudente.

—Porque no hay tercera, amigo.



SIGAN...

Tía Concha Gasteazoro era una persona excepcional de Chinandega, de esas que el pueblo identifica como "locas", pero reconociéndoles que no todas sus cuerdas están rotas.

Tuvo cuatro hermanos: tres varones y una mujer. Pero de aquellos, uno murió en Europa, antes de coronar sus estudios y los otros, al graduarse, ya no vinieron a su tierra y se quedaron en El Salvador y Panamá respectivamente. La hermana mujer, Tía Cipriana, acababa de morir.

Con un terrible carácter, sólo la santa de mi suegra, su pariente, pudo aguantarle; y allí en ese hogar vivió sus últimos días que fueron bastantes, por cierto.

Una vez, en la sala de la casa, escuchaban música de una victrola, Nela y Toya, hijas de mi suegra, cuando apareció Tía Concha del lado de la esquina abajo, donde vivían las Tigerino Rojas, sabedoras de todo.

— ¡Callen esa victrola! —grito con voz imperiosa— Acaba de morir en Panamá mi hermano Mariano.

Inmediatamente las muchachas levantaron la aguja del disco y quedaron en silencio haciendo juego con el aparato. Pero poco a poco empezaron a hablar, claro, para comentar la muerte, ya solas sí, porque tía Concha inmediatamente tomó otra vez el camino de las Tigerino en busca de nuevas.

No me imagino cómo sería la excepción de esas noticias en esa casa. Pero algo como esos aparatitos modernos que ahora existen llamados teletipos, debía haber, o algo mejor, porque casi de inmediato regresó tía Concha y sorprendiendo a las sobrinas consternadas, les ordenó más imperativamente todavía:

— ¡Sigán tocando! ¡Ni m... me dejó el jodido!

REPUESTA CERTERA

Todos conocemos de las salidas... o entradas del Gral. José María Moncada con fama de "ocurrentes".

Decía algunas expresiones con juego de palabras que realmente eran ocurrentes. Pero para mí que se distinguían más por su pesadez y vulgaridad que por su gracia.

Conocemos de varios casos en que dejó con ellas en posición incómoda a sus interlocutores; y casi ignoramos las réplicas de las mismas y más bien sabemos que fueron calladas. Con lo que el General dijo, termina cada anécdota.

Pero yo sé de una respuesta certera, por cierto de una gran dama chinandegana.

Era Ministro del presidente Moncada el Dr. Isaac Montealegre Gasteazoro y con su esposa doña Lily, también Montealegre, asistió a una recepción en Casa Presidencial.

Poco antes de concluir se desató tremendo aguacero y en aquellos tiempos con difícil acceso, defectuosas luces y escasos e inadecuados vehículos, los concurrentes no podían retirarse a sus casas y esperaban que pasara.

El presidente Moncada, que permanecía entre los concurrentes, al parecer se impacientaba de la situación y al acercarse a doña Lily, persona bastante alta y, desde luego, mucho más que Moncada, muy pequeño, le dijo, como corriéndola:

—Qué lástima, doña Lily, que no pueda quedarse a dormir porque aquí no hay camas tan grandes.

—Ya lo sé, General —contestó la dama— que aquí sólo hay gente baja.

ESTE CABALLO ES MAS...

Don José Navarro Callejas, hombre culto y rico, era muy débil, totalmente inútil para cualquier acto donde se necesitara fuerza, agilidad o destreza.

Era un espectáculo verlo ir a su finca en tiempos del viajar a caballo. Tenía que hacerlo en el más manso que hubiera. Este con montura de yagual y sobre ella una toalla; don José con tirantes y con un paraguas; un montado adelante y otro atrás para que el caballo no caminara más de lo debido y tampoco se quedara. Desde luego había que subirle y cuidarlo.

Salió una vez para su finca con varios amigos, entre ellos, Roberto Valladares, un joven robusto, de esos que están dispuestos a demostrar su fuerza o su habilidad en cualquier momento.

Llegaron al río Tesorero que cruza su propiedad, un poco lleno y lodoso en ese momento.

Don José intentó pasar, pero en la misma orilla el caballo vacilaba ante la poca destreza de su jinete; y éste, ante el problema y peligro que para él significaba atravesar, decidió mejor regresar a la ciudad.

Corrió entonces Valladares y le ofreció sus servicios:

—“Deje el caballo, don José, que yo mismo lo voy a pasar sin problemas”. Y se lo montó a tuto.

Sin vacilación alguna Valladarez empezó a cruzar el río. Pero al llegar al medio, algún hoyo lo obligó a trastabillar. Don José levantó los pies donde llevaba sus espuelas y al volverlas a su lugar se las clavó en las costillas a su original cabalgadura; Valladarez al sentir el jincón, pegó un mate de verdad y mandó a tres varas a don José.

Corrieron los ayudantes y rescataron a éste de las aguas para llevarlo a la orilla, sin reponerse aún del susto.

Cuado se calmó, expresó sarcásticamente:

“Caramba, este caballo resultó más chúcaro”.

LA VIDA ES SUEÑO

El Chelón no solamente era sujeto de bromas con los demás, sino objeto y no de pocas. Pero era difícil salirle adelante.

Toda clase de bromas, de las pesadas a las más pesadas.

Dormía plácidamente el Chelón en su sucia hamaca allí por las horas del medio día, cuando pasó frente a su casa un amigo chusco que se le ocurrió entrar. Lo "jamaquió" tan fuertemente que lo despertó con brusquedad y casi lo lanza al suelo, al tiempo que le dijo:

—La vida es sueño, por Calderón de la Barca.

El Chelón medio recuperándose de la sorpresa le contestó:

—Váyase a la m... hijo de la gran p... (una pausa)... por Salvador Montealegre.



MEJOR TRES...

Don Alberto López Callejas, el apreciable caballero que vivió más de cien años, era persona muy seria pero de un fino humor.

Había enviudado y andaba allí acercándose a los sesenta, cuando un día conversaba con su hija Adilia.

El tema resbaló por los viudos, por el matrimonio y qué se yo. Y en un momento Adilia le decía a su papá que ella consideraba justo y hasta conveniente que un hombre que queda viudo busque nueva esposa.

—No creas, papá, que yo voy a pensar con egoísmo, porque yo vería normalmente que te casaras. Pero eso sí —añadía— no me gustaría verte casar con una persona que no fuera para tu edad.

—¿Y cómo te gustaría esa mujer— le preguntó don Alberto.

—Bueno, digamos que yo vería bien que te casaras con una de unos 45 años, poco más o menos— dijo Adilia.

—Ay, hija —contestó rápido don Alberto— ¿Por qué no me das esos cuarenta y cinco en sencillo? Dame mejor, tres de a quince.



AHORA SI QUE PERDIO

Un día apareció por Chinandega don Eugenio Guardado, hermano de la maestra Martina, vecina de nuestro don Salvador Montealegre, y naturalmente que fue a visitar a éste.

Muy seriamente comenzaron a conversar y pronto resbaló la plática sobre apuestas, campo en que el Chelón, presumía con unos ganchos que daban pavor. Y, claro, pensó comer pichón con don Eugenio, yéndose al suave.

—En la feria de Santa Ana adonde venían de todo Nicaragua, hacían grandes apuestas. A la pata de un gallo se apostaba una mancuerna de ganado y nadie hacía una menor proposición.

Guardado sin inmutarse apuntó por su cuenta:

—Donde yo vivo las apuestas nunca bajan de diez novillos por cada gallero.

El Chelón quedó sorprendido porque no esperaba tal reacción y frunció el seño ante la audacia de su interlocutor. Pero volvió a la carga, esta vez, para concluir la discusión.

—Por supuesto que yo hablaba del principio. Porque cuando se calentaba la cosa las apuestas eran de partidas de 30 cabezas a la pata de un gallo o en una mesa de toro rabón.

—Eso no es nada, mi amigo —prosiguió imperturbable don Eugenio— En Quezaltenango la cosa es muy seria. Allí sólo se tiran al tapete manojos de billetes de a mil dólares.

El Chelón se alarmó y ya a la defensiva intentó un contra ataque.

—En San Salvador el dinero ni se cuenta. Las apuestas son de alforja contra alforja. Yo tuve ocasión de estar allí agregó con énfasis, como conclusión definitiva.

—Pero uno de los casos más extraordinarios que yo vi, mi estimado amigo, fue en la frontera entre Guatemala y México —insistió don Eugenio, hablando con serenidad— Allí las apuestas se hacían en la estación y los apostadores tomaban en alquiler los ferrocarriles cuyos vagones llenaban de dinero.

“Va el vagón número 2 contra el suyo —se oía a un retador— y luego el grito del otro lado aceptando”.

Eso colmó la paciencia del Chelón que había llegado a extremos insoportables.

—Se va ya Ud. de mi casa —le espetó casi violento— ¡Aquí sólo yo puedo ser tan mentirosol

MEDIDA

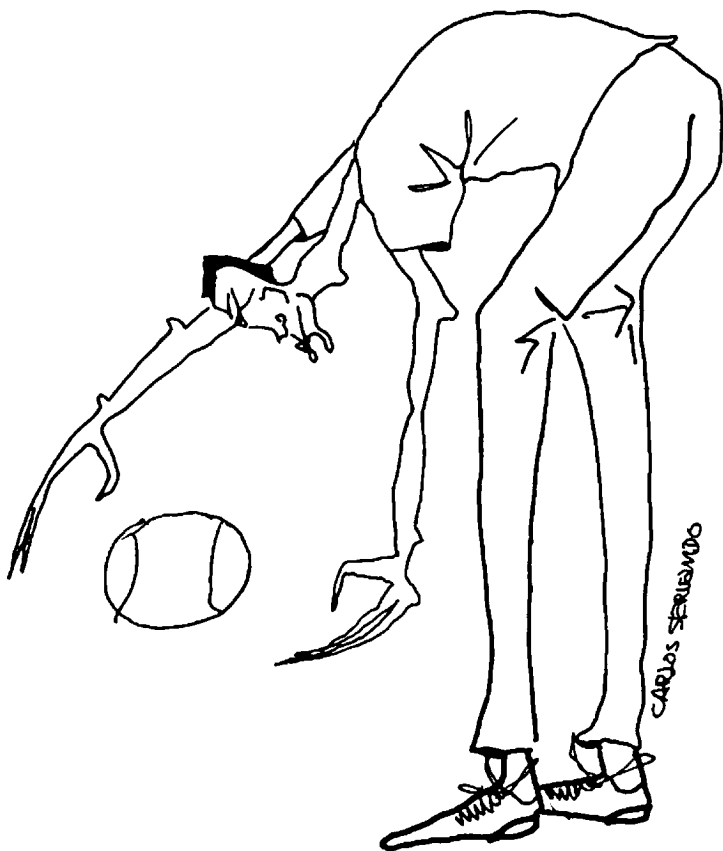
Rodolfo Zelaya tenía casi dos metros de alto, pero le atrían las mujeres pequeñas.

En un descuido, Rodolfo resbaló por la cocina y en la semi oscuridad, "abrazaba" y qué sé yo contra la pared a la cocinera de baja estatura, cuando "casi" fue sorprendido por su esposa.

—¿Qué hacías con ella arrimado a la pared? —le preguntó inquisitoriamente su media naranja.

Rodolfo tenía más valor que un curcucho.

—Me estaba midiendo con ella para saber quién era más grande —contestó tranquilamente.



FOTOGRAFIA INVISIBLE

El príncipe de Marabad en el norte de la India llegó a la sede de las Naciones Unidas, donde el Dr. Juan Munguía Novoa se encontraba integrando una delegación de Nicaragua para discutir el uso pacífico de la energía atómica. Con su turbante y demás atuendos aquel paseaba su figura por los salones cuando se encontró con el delegado de Nicaragua. El Dr. Munguía Novoa fue presentado al príncipe y se dispararon los flashes de las cámaras.

La foto y su respectiva leyenda fue enviada a la Prensa por la parte interesada.

“Momento —decía la leyenda— en que el Dr. Juan Munguía Novoa, delegado de Nicaragua, es presentado al príncipe Malajara Mallurufi, de Marabad en la India”

El Dr. aparecía vestido de etiqueta, haciendo elegante genuflexión al tiempo que estiraba la mano para chocarla con el real representante de la nación hindú.

La fotografía aparecía en un lugar tan visible que nadie que leyera La Prensa, por lo menos en Nicaragua, se le pasaría por alto. Pero apareció el Doctor por su tierra y un silencio aterrador invadió el ambiente: nadie había visto la fotografía.

Pasados varios días, el doctor hizo viaje a Managua y en el auto carril se encontró con Tomás Lacayo Montealegre, chinandegano que vive en Managua.

—Hola Juan, —le dijo al encontrarlo y darle la mano— ví en La Prensa que eras presentado a un príncipe de la India. Te felicito —agregó.

—Y yo te felicito a vos —le contestó Juan— porque se nota que no sos como tus coterráneos, porque en aquella ingrata ciudad existe una conjura del silencio.

Pero eso sí, si en esa fotografía hubiera salido con un vestido rayado de prisionero, todos la habrían visto. Ah chinandeganos, que ni ellos mismos se quieren, como dijo una vez el General Cárdenas cuando le propusieron venir a Chinandega a lanzar su candidatura de presidente.

ASI SE CAPEA

Caminaba en la calle don Alejandro Astacio cuando fue detenido por uno de esos atorrantes.

—¿Lleva allí un peso, don Alejandro?— le dijo el pedigüeño.

Don Alejandro se tocó el bolsillo.

—Llevó más —contestó, haciéndose el que sólo respondía a una pregunta— Llevo como sesenta.

—Yo nunca lo he molestado, don Alejandro —ensayó nuevamente el vago.

—Ni yo a Ud. ¿O tiene alguna queja de mi? —replicó aquél.

—Claro que no.

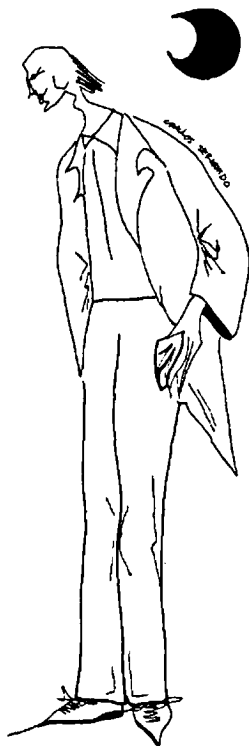
El pobre hombre intentó por última vez.

—Don Alejandro, ¿sabe Ud. lo que es andar de goma?

—No, yo no tomo.

—Adiós, don Alejandro.

—Adiós, mi amigo.



TRATO RENOVADO

Yo creía que fui la víctima más tonta de Chechito Moreno, hasta que supe que había otra mayor.

Necesitaba Orlando Molieri Baca cincuenta sacos de afrecho para sus vacas y sabía que don Francisco Moreno tenía su máquina piladora de arroz donde podía comprarlo. Pero encontró en la calle a Chechito Moreno, hijo de aquél, y pensó arreglar con éste el negocio con más confianza, sólo que ignoraba que éste tenía prohibido acercarse al beneficio a menos de dos cuadras, tal era la experiencia sufrida por su progenitor.

—Claro que tengo esa cantidad —contestó Chechito—. Te los voy a dar a treinta córdobas cada uno porque sos vos. Dame ya los mil quinientos córdobas antes que se acabe.

Orlando se los entregó, agradeciéndole su gentileza y se fue a esperar a su casa la llamada para mandar a traer el afrecho.

Chechito empezó y terminó de disfrutar su ganancia bruta y aquél quedó esperando.

Desde entonces Orlando lo buscó y buscó sin hallarlo jamás, porque Chechito tenía un olfato tremendo.

Hasta que al tiempo lo pescó y lo esperó a la salida del Banco, dispuesto a todo.

— ¡Ajá, hasta que te encontré! ¿Decime ya que pasó con mi afrecho o con mi dinero?

Chechito se hizo el ofendido con la conducta de Orlando.

—Que divertido sos vos —le contestó— Todavía me reclamás. ¿Acaso me mandaste algún día los sacos?

Allí está el afrecho desperdiciándose.

Orlando hizo un gesto como reconociendo su error.

Se sintió injusto por equivocado, porque en realidad a él se le había pasado por alto lo de los sacos.

—Tenés razón. Bueno, pues, ¿Dónde podré encontrarlos de venta?— se preguntó a sí mismo, en forma audible.

Esa pregunta lo perdió. Chechito, ni tardo ni perezoso le informó que en la bodega del Banco estaban vendiéndolos a diez córdobas cada uno.

—Si me das los quinientos yo te puedo hacer el favor —le dijo con suficiencia.

Orlando se los entregó.

Siempre ha dicho que ya no se acuerda tanto del primer golpe cuanto del segundo y admite que más mereció perder por b...

DON BENI

Era afrontar la muerte hacer lo que Julio Cruz hizo con don Benito Fuentes.

Era éste un personaje con ínfulas de Coronel, poseedor de grandes conocimientos militares y de haber comandado grandes ejércitos en tiempos de Zelaya.

Se creía con derecho a ser escuchado, a gozar de gran respeto y continuamente expresaba sus opiniones políticas o militares en relación a cualquier asunto.

Un día don Benito se encontraba en la casa del Chelón Montealegre, donde, como de costumbre, visitaba un grupo de bromistas. Allí estaba Julio Cruz.

—Hay tres grandes Benitos en el mundo —dijo Julio, volviendo a ver significativamente a don Beni.

Este se movió sobre su taburete.

— ¡Benito Juárez!— empezó Julio y, volviéndose a dirigir a don Benito, hizo ademán de seguir.

Don Benito se acomodó mejor.

— ¡Benito Mussolini! —prosiguió Julio.

Don Benito se impacientó porque se le posponía injustamente a ocupar el tercer lugar. Pero se preparó mejor para escuchar su nombre, porque ahora sí.

Julio hizo ademán solemne, señalando a don Beni.

— ¡Y Vení... tocamel —dijo finalmente.

EN LOS MARES DEL SUR

Los niños abrían la boca y pelaban los ojos oyendo a Fabio Campuzano. Era carpintero, ni tan bueno ni tan malo. Alto, flaco, bastante negro; vestía camisa blanca, corbata verde, pantalón de casimir negro, calcetines rojos y zapatos blancos. Hablaba entre ñajo y tartamudo y tenía más valor que un curcucho para mentir y para hacer derroche de su imaginación pintoresca que fascinaba a sus oyentes.

Admirador de los alemanes, afirmaba que fué capitán de un crucero y tranquilamente, sin advertir su color, afirmaba que cuando vino a Corinto su barco de guerra, sus padres fueron recibidos por los marinos alemanes, formados militarmente a un lado y otro y que mientras desfilaban en medio no podían reconocerlo entre los mismos porque él era igualito a los alemanes.

Fabio viajó por todo el mundo y un día se encontró en los mares del sur. Miraba en lontananza por la popa del barco, cuando advirtió que entre las aguas algo se movía. Miró mejor y vio que era una sirena que semi sumergida hacía sobresalir sus pechos desnudos.

La sirena lo llamó y ante aquel atractivo, Fabio tuvo que faltar a la disciplina y lanzándose al mar, se dirigió a la mítica mujer pez y la abrazó y besó. La sirena le dijo:

—Sos el hombre más audaz de la tierra, no habrá mujer que te resista y yo te haré millonario.

Inmediatamente lo llevó al fondo del mar.

“Allí perlas bellísimas, allí diamantes, allí rubíes, allí las más bellas joyas” —dijo Fabio.

Como loco empezó a recoger aquel tesoro y llenar sus bolsillos y todo lugar de su vestido donde pudiera guardarlo y sólo dejó de hacerlo hasta que ya no soportó la falta de aire.

Cuando llegó a la superficie, su barco había desaparecido; pero como buen nadador no se preocupó y se dirigió a la distante costa. La alcanzó y cayó rendido y exhausto.

Cuando despertó lo primero que hizo fue comprobar sus riquezas y se llevó las manos a los bolsillos.

¿Pero qué era todo?

Cerote de chancho, cerote de perro, cuita de gallina. Todo se lo había cambiado el Genio del Mar.

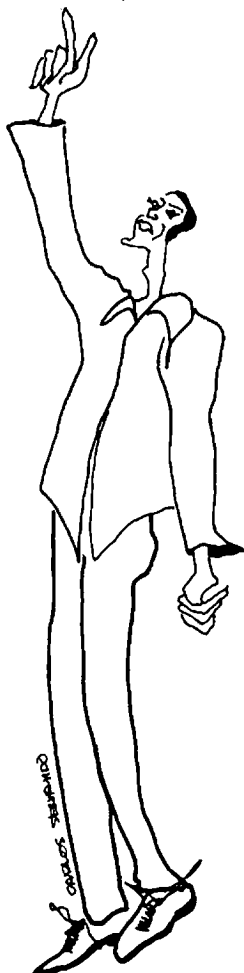
MAS APRISA

Las malas lenguas dicen que don Toribio Tigerino Navarro era de duro corazón. Yo no lo creo, pero así dicen.

Un trabajador suyo fue detenido y policía y prisionero pasaron frente a la casa de don Toribio.

—Patrón —gritó el detenido— me llevan preso.

— ¡Y tan despacio! —contestó tranquilamente aquél.



¿DONDE ESTA EL DINERO?

Don Marcelino López sólo era menos rico que don Francisco Reyes.

Aparentemente humilde, ocupaba su caja de hierro para guardar guineos; redactaba un documento de quinientas mil córdobas en el reverso del papel plateado de un empaque de cigarrillos; o recogía en el camino mangos que guardaba debajo de su camisa para economizar comida.

De aparente pobreza, misterioso e impenetrable a nadie le confió su secreto.

Ya en su ancianidad, viajó a una de sus fincas con su yerno Daniel Flores Vaca, que más parecía su hijo. Y sucedió que al bajar de una escalera sufrió tremendo accidente, golpeándose la cabeza gravemente. Fue el famoso "volón" por bautismo del pueblo... o de los parientes de la otra banda.

El diligente yerno tomó rápidamente la clave de la caja de hierro del moribundo y corrió presuroso.

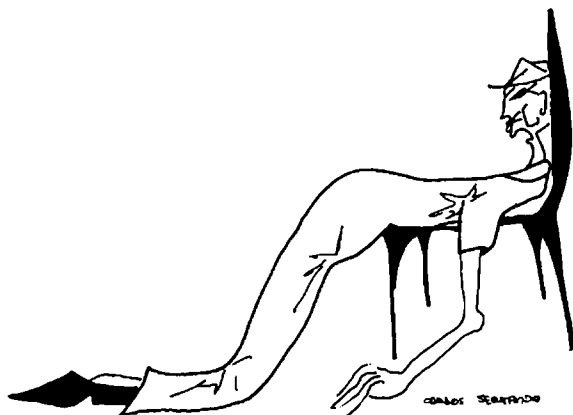
Nada había en ella, salvo polvo. Pero hurgando, en un rincón, encontró una libreta amarilla. Daniel la tomó ávidamente. En la primera página, escrita con lápiz de grafito, se leía:

"El dinero se encuentra... (sigue en la página 21)".

Daniel corrió sobre las 20 anteriores, vigilando no ser visto.

En aquella concluía:

"en el trabajo y la economía, hijo de la gran puta".



REGALO EQUIVOCADO

Por esas cosas de América Latina, sucedió que el General Reyes —José Trinidad— de humilde extracción semi-indígena, cuya madre era originaria de Chinandega, llegó a ser Ministro de la Guerra del Gabinete del General Jorge Ubico, en Guatemala.

Tenía méritos propios el General Reyes en aquel ambiente, pues se había distinguido como valiente y defensor legal del régimen ubiquista en aquellas montoneras de entonces y había contribuido a la paz de que tanto hablan los dictadores.

No importaba que apenas supier leer y escribir, porque bastaba qué sólo pusiera su firma, fuera fiel a su jefe y se prestaba a todo acto de represión para defenderlo.

Gozaba, pues, de la estimación del Presidente.

Un día cumplió años y, claro, fue agasajado, alabado, visitado, regalado. Y... pues, no debía faltar el regalo del presidente: un hermoso radio receptor, que entonces era una novedad y algo valioso.

Pero fue el único que tuvo que rechazar el General Reyes; y con todo y su empaque de lujo, fue regresado al señor Presidente.

Este quedó sorprendido, pero creyó que algún mal entendido debía haber, porque no podía suponer que el General Reyes se atreviera a desairarlo.

Cuando estuvo cerca suya, el Presidente le reclamó:

—General Reyes, ¿cómo es eso que Ud. me devolvió el regalo que le hice para su cumpleaños?

Es que no era para mí —le contestó aquél.

—¿Cómo que no era para Ud? ¿Y para quién otro, General?— continuó un tanto molesto el Presidente Ubico.

Vea, mi Presidente. Yo soy, como Ud. sabe, General Reyes, pero en ese aparato que Ud. mandó decía claramente: "General Electric".

¿HERMOSA QUE...?

El Ministro de la Guerra General Reyes hizo edificar para morar en ella una hermosísima mansión a todo dar, con derroche de dinero que entraba por otro lado abundantemente.

Cuando estuvo terminada vino la bendición y se celebró aquel acontecimiento con invitación del cuerpo diplomático, ministros, altos militares, personeros, representantes del gobierno y de la empresa privada, personas importantes, etc., etc., No faltaría tampoco el Presidente Ubico.

Abundancia de licor con un buffett elegantísimo, flores adornando la casa, música, baile, todo, pues.

Cerca del amanecer finalizó la fiesta y el matrimonio Reyes se aprestó a despedir a la concurrencia.

El General y a su lado, su esposa, una señora bastante gorda y negra, seguían despidiendo a la concurrencia, cuando ya casi al final, uno de los invitados, quiso agregar un cumplido:

—Muchas gracias, General, por su invitación. Lo felicito —agregó— Tiene Ud. una hermosa morada.

—Ah, no. —le contestó el General— A ella no la toque. Es morada, pero muy honrada.



MAGNIFICO AYUDANTE

Don Germán Sequeira era nuestro Julián Gutiérrez (aquel avaro de Managua, dueño de varias cuarterías).

Hizo fortuna a base de gran economía y trabajo.

Una vez contrató un albañil para hacer una obra en una de sus casas, a tanto el día.

Este traería su ayudante por cuenta de aquél. Pero don Germán le dijo que él pondría a un hombre que por ese servicio le pagaría una deuda.

El primer día del trabajo el ayudante no apareció, claro, si don Germán no lo buscó. Y aparentando que lo hacía para no atrasar la obra y que no perdiera su día el albañil, ofreció servir el mismo en tal oficio.

La obra duró bastante tiempo; y don Germán, como ayudante, resultó demasiado activo; y, como patrón, demasiado vigilante para que no se perdiera tiempo ni materiales.

Así que el trabajo resultó muy rendidor sólo que el albañil no quedó convidado para aceptar en el futuro ningún ayudante que él mismo no buscara.



MEMORIA DE VERDAD

En 1938 alguien advirtió que se cumplían ese año las bodas de plata del ingreso a Nicaragua a la Congregación de la Orden de los Betlemistas, que vinieron en 1913 para fundar el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en Chinandega, cuyo edificio original estuvo, y aún está frente a San Antonio.

Hubo bastante entusiasmo muy justo para celebrar ese acontecimiento tan señalado y útil para Chinandega, porque en ese Colegio se educaron muchas generaciones de señoritas.

Pero a la hora de la verdad, nadie sabía el día exacto del ingreso. Y tuvieron que acudir al Cráculo de Delfos de Chinandega, la tía Concha Gasteazoro.

Tenía memoria y tema para recordar y decir la fecha del nacimiento de cualquiera del círculo de sus amistades, agregando nombre completo, padrinos, fecha de bautizo, sacerdote, etc.; y, además, fecha de casamiento y paremos de contar, todo lo relacionado con la persona.

—El 13 de noviembre de 1913— contestó sin vacilar.

Todos acataron su palabra imperativa. O casi todos, porque algunos, aunque reconociendo su memoria, pensaron que era mejor comprobar por otro medio.

Difícil tarea en aquel tiempo. La guerra y el último incendio habían destruído todo, todo de lo poco que en aquel entonces pdo captarse en los escasos medios.

Se lanzaron a la búsqueda de viejos periódicos rescatados del olvido y se halló la fecha exacta: 15 de noviembre de 1913. Estaba claro que fue ese día y no el 13 que llegaron las Betlemistas fundadoras. La letra escrita era la cierta y tía Concha se equivocó esta vez, aunque por dos escasos días.

Pero cuando supo la contradicción a su infalibilidad, el oráculo insistió: Fue el 13 de noviembre que vinieron a Nicaragua y no el 15.

Al presentarle el periódico se encontró la aclaración. Efectivamente las Betlemistas llegaron a Corinto el 13, como decía tía Concha, casi al anochecer. Allí durmieron y permanecieron el 14 arreglando algunas cosas y tomaron el tren y llegaron a Chinandega el 15, como apuntaba el periódico.

Tía Concha reivindicaba así sus laureles.

CUENTA AL REVES

Canuto (Héctor) Arana llegó a la cantina-restorán y pidió cervezas y luego un bistec encebollado. Vino la cuenta de C\$15,00 de aquellos tiempos.

—Tráigame papel y lápiz para un vale— dijo Canuto.

La mesera trajo de regreso la razón de que allí él no tenía crédito. Se armó la discusión y Canuto fue requerido para dejar alguna cosa de valor.

—Sólo tengo los zapatos que ando puesto, si los quiere— dijo Canuto.

—¿Cuánto pueden valer esos zapatos viejos?— preguntó desdeñosamente la dueña del restorán.

—Bueno —contestó Canuto— C\$35,00 que me costaron y C\$15,00 por repararle la media suela, son C\$ 50,00.



SE SUSPENDE...

Luis Andara Ubeda, Toño Tigerino y yo somos chinandeganos, pero aquél se quedó en Managua al graduarse, Toña ya vivía allá y sólo yo me vine para mi ciudad.

Pero a los pocos años aparecieron mis dos amigos en su tierra por diferentes motivos.

Desde luego yo no estaba al tanto de las andanzas de Luis en Managua. Toño sí.

Una vez conversábamos los tres, y, además, Camilo Zapata, cuando Toño le preguntó a Luis por una señora con quien al parecer éste tenía relaciones.

Camilo y yo paramos las orejas; y más cuando Toño al identificar a la dama dijo que era estudiante. Porque eso de llevarse a una estudiante, para nosotros, entonces, era cosa grave y una aventura interesante para oirla.

Y empezamos a interrogar:

—¿De dónde es ella?

—De Managua.

—¿Es morena o rubia?

—Es morena, casi blanca.

Camilo y yo nos acercamos más a Luis.

—¿Eran ambos estudiantes o vos ya habías salido de la Universidad cuando la encontraste? Y nos acercamos más.

—Yo ya había salido y cuando ella estudiaba nos conocimos— contestó Luis.

No pudimos acercar más nuestros asientos, pero sí los oídos.

—Ajá y ¿ella tiene a su padre vivo?

—Sí.

—Mjuuj

—¿Cuando vos te saliste con ella era claramente una doncella?

—No —dijo Luis ya afiligido— Ella ya tenía cuatro hijos cuando la conocí.

—¿Cómo? —preguntó Camilo. Y con un golpe estremeció la mesa— ¡Se suspende esta plática!

Y no cesó desde entonces la explosión de risa hasta que Luis nos mandó a...

EPILOGO

Pasaron treinta años.

Ya viejo Luis, se divorció de su esposa, ésta se fue de Nicaragua y al poco tiempo apareció casado con una señora de Managua. Nos la presentó y no lo volví a ver hasta hace poco.

Siempre interesado en mi amigo, le pregunté por su nueva costilla.

—Ya me separé de ella— me dijo.

Pero soy soy amigo de la paz y le aconsejé que ya a su edad debía tener compañía, en fin, todo lo que uno aconseja en esbs casos.

Y seguí en mi interrogatorio.

—¿Pero ella se fue de Nicaragua o vive aquí?

—Vive en Managua.

—¿En tu barrio o lejos?

—Reside cerca.

—¿Así que te ves con ella frecuentemente?

—Sí.

—Hombre, seguí yo —¿Pero no te has peleado seriamente?

—No, si nos hablamos.

—Pues juntate con ella, hombre- insistí en aconsejarlo. Y continué:

—¿Ella tenía hijos de su anterior matrimonio?

—Sí— contestó Luis, ya impaciente.

—¿Y cuántos hijos tiene?— persistí imprudentemente.

—Ve —me contestó— vas a ordenar suspender esta plática, como

Camilo. ¿Te acordás?

—¿Por qué?

— ¡Porque tiene once hijos!

MILAGRO

La Srta. María de Jesús García fue el alma de la construcción de la ermita de San José en el barrio La Libertad, en la primera etapa de madera, hace más de setenta años y en la nueva ya de cuarterón y cemento.

Todos recordamos que a sus virtudes agregaba su especial y estilizado modo de hablar.

Pues bien, se construía la primera ermita y los obreros cooperaban con su trabajo mientras la niña María de Jesús dirigía.

Decía su vecino, el Chelón, que una vez les habló así:

“Queridos obreros: Ya está por terminarse la ermita de Nuestro Señor San José, gracias a la cooperación de Uds. y deben saber que aquel derramará sobre todos sus milagros en forma prodigiosa reconociéndoles su esfuerzo. De cualquier manera, pero nuestro señor San José se manifestará sobre Uds”.

—“Vean —prosiguió— como está patente el milagro sobre mi padre desde que está ayudando a la construcción. Antes tenía un lenguaje vulgar y soez; pero ahora qué fineza, qué dulzura, qué cambio”.

En ese hablar se acercaba Tata Chico y al verlo la niña María de Jesús se dirigió a él:

—Papi, ¿qué dijo la señora de las hojas de cocotero que se le encargaron para engalanar el atrio?

—Dice que no estés jodiendo— contestó Tata Chico. Que plátita en mano culito en tierra. Que si no mandás la plata no hay ni mierda.

El milagro era patente.

HONORARIOS DE UN POST GRADO EN LATA

El Dr. Luis Andara Ubeda apareció por su tierra hace ya bastantes años y ensayó en la siembra de algodón.

Pronto se encontró con los problemas de pequeños detalles.

A una bombita de fumigar inectícida en polvo se le hizo un mínimo agujero, pero que le impedía funcionar bien y tendría que acudir a un hojalatero para que lo cerrara con estaño.

Pero bien, en eso no había problemas porque su pariente “General” Adolfo Ubeda tenía un taller y yo acompañé a Luis para acudir a él.

Era tan insignificante el reparo que estimamos que su pariente no le cobraría las dos córdobas que a sumo valía, sobre todo que por la tal parentela tuvimos que escucharle durante más de una hora sus relatos de aventuras militares.

Cuando terminó el “trabajo”, por fórmula Luis le preguntó:

—¿Cuánto le debo, tío?

—Porque sos mi sobrino solamente veinte córdobas— contestó el “general”.

Esa cantidad sonaba muy diferente a hoy en día.

—Vea, tío —le preguntó a su vez Luis— ¿Por qué no me trata mejor como particular?

¿QUE ES LO MAS VALIOSO?

Don Pancho Reyes era hombre arisco y con una salida ocurrente o trayendo a cuento una comparación, se deshacía de un negocio que estimaba que no le convenía.

Antes de que el Banco Nacional hiciera construir en 1943 el edificio que ocupó frente a TELECOR y que ya proyectaba, adquirió los solares que componen el predio total, previo arreglo con sus dueños que concertó el gerente de la sucursal en Chinandega don Humberto Padilla.

Don Pancho fue uno de los visitados a quienes se le propuso comprar porque era dueño del solar donde ahora está la casa de los Vélchez Alvarado. Pero fue el único con quien no pudo concluirse un arreglo porque pidió quince mil córdobas que entonces era una cantidad exorbitante.

El Banco no quiso pagar ese precio no obstante las explicaciones de Don Humberto sobre su importancia.

Pero ya cuando se construía el edificio en los demás solares, vino a observar los trabajos el gerente general don Rafael Huezo y se dio cuenta de la falta que hacía el solar de don Pancho, sobre todo que "un culito" o "recobeco" del mismo impedía que el preio y edificio del Banco tuvieran una tuvieran una línea recta por el norte.

El gerente general inmediatamente ordenó a don Humberto que fuera adquirido el solar por el precio exigido y si no se podía todo, al menos ese recobeco.

Don Humberto fue a cumplir su misión. Pero don Pancho le dijo que su solar quedaba antes dentro de las ruinas, pero ahora tenía de vecino al Banco y no lo vendería por ningún precio. Y de nada valieron las razones sobre el progreso que traería a Chinandega la construcción ¡Ah, tiempos aquellos!

Finalmente don Humberto propuso a don Pancho que le vendiera solamente el "culito" del solar para tirar la línea recta.

Don Pancho hizo aspaviento diciendo que eso era lo más valioso y como don Humberto mostrara su extrañeza ante esa afirmación, aquél llamó:

— ¡María!

— Sí, señor.

— ¿Qué es lo más valioso que tenés en tu cuerpo?

— Bueno, los ojos.

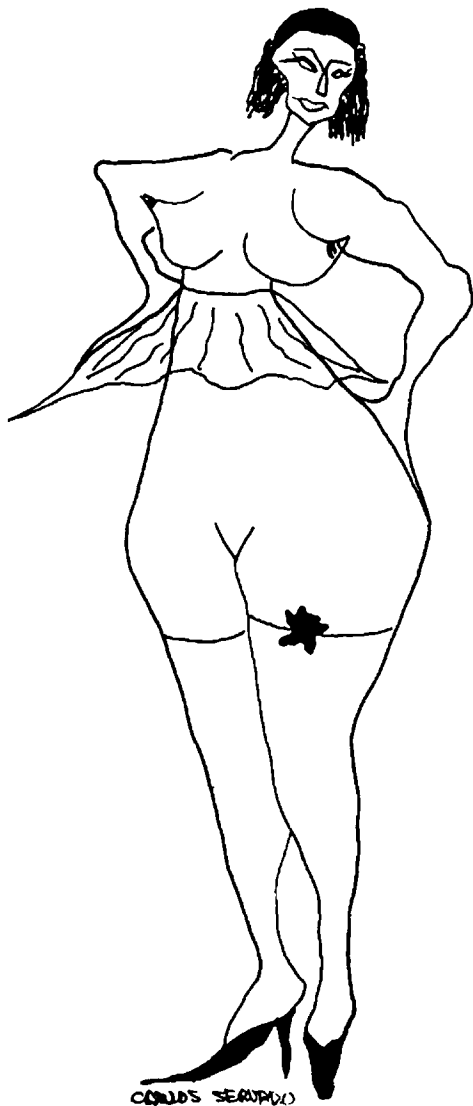
— No. Ustedes, las mujeres, tienen otra cosa que valen más.

— ¡Ah, las manos?

— No.

—Bueno, no sé. ¿Qué es, pues, señor?

— *il culito!* —*repuso con énfasis don Pancho— El culito, mujer. Eso es lo más valioso y es lo que me propone don Humberto que le venda del solar.*



PRECAUCION

Don Juan Alvarez, dueño del aserrío Santa Martha, amasó una buena fortuna. Era trabajador y tuvo buena suerte.

Probablemente en sus negocios no tuviera la candorosa sencillez que mostrara en su trato en otras cosas con el mundo picarezo de nuestros días.

Don Juan, aconsejado para que depositara su dinero en el Banco Nacional, único que entonces operaba en Chinandega, así lo hizo pero a regañadientes, pues no le gustaba eso de guardar lejos de sí lo que era fruto de su trabajo.

Más quedó vigilante y preocupado de que la casa que ocupaba el Banco fuera a quemarse o que ladrones se metieran en ella y se robaran su dinero; y, sobre todo, le preocupaba más que los muchachos empleados en esa institución bebieran licor con tanta frecuencia que, en sus buenas cuentas, lo hacían con el dinero depositado allí.

Un día lo "comprobó" porque acabando de hacer un depósito ya casi a la hora de salida y viendo que también otros lo hacían, observó que los muchachos se encaminaban a una cantina donde permanecieron largo rato. Don Juan pensó que su dinero ya había volado o estaba a punto de desaparecer y esa noche no durmió bien.

Al día siguiente se dirigió al Banco.

—Haceme un cheque que voy a retirar todo mi dinero —le dijo a Julio García que por entonces era el cajero único.

Este llenó el cheque por el saldo que tenía la cuenta, don Juan lo firmó y retiró su valor.

Lo contó e inmediatamente le pidió a Julio que lo volviera a depositar.

—Sólo quería comprobar, —dijo— pero veo que todavía no han arrasado con él. Sin embargo, los seguiré vigilando —agregó al tiempo de alejarse.

CANCELACION AUTOMATICA

Llegó Canuto (Héctor) Arana a la venta de refrescos, sorbetes, puré y frijolitos... y cervecitas, que los domingos por la tarde instalaba Amadita Varón en el atrio de San Antonio, a beneficio de la construcción del templo.

Pidió varias cervezas, puré y frijolitos y a la hora de la cuenta, también papel y lapiz para un vale.

Como no tenía "prenda" que dejar, no hubo más remedio que aceptar el "documento fiduciario"

La Santa Amadita mandó a cobrarlo, pero Canuto tenía un gran ingenio para poner pretextos; y aquella tuvo que hacerse cargo directamente del cobro porque para ella ese dinero era de San Antonio y sagrado.

Pero Canuto la "huelía" y nunca lo encontraba, no obstante las numerosas veces que aquella llegó en su búsqueda.

Una vez se dirigía Amadita a la casa de Canuto cuando en la esquina opuesta a San Antonio se encontró con el empedernido deudor que ya no pudo eludir el bulto.

—Don Héctor, —empezó aquella— lo he buscado muchas veces en su casa y nunca lo encuentro.

—Si, niña Amadita —la interrumpió Canuto— y yo le recomiendo que tenga mucho cuidado, porque en este barrio malicioso ya nos andan criticando.

Amadita horrorizada dio por cancelado el vale.

ESO SÍ

El Dr. Jorge Callejas Baca tiene el secreto para mantenerse joven.

Tal vez no sea secreto en realidad porque basta saber que es un hombre de sanas costumbres, austera y frugal vida, sin vicios salvo el deporte que practica constante y apasionadamente. Además, sólo lee en su biblia. En fin es un viejo que parece joven o es un joven viejo de serlo.

A todo esto, su buen humor le da otra ayudita.

Una amiga vecina le hacía notar todo esto y para darse ella misma una explicación, agregaba:

—Claro, te conservás muy bien porque vos no bebés, no fumás, no te desvelás, no te preocupás... ni nada— agregó así sin advertir.

—“Ni nada, sí”— contestó Jorge con sonrisa maliciosa.

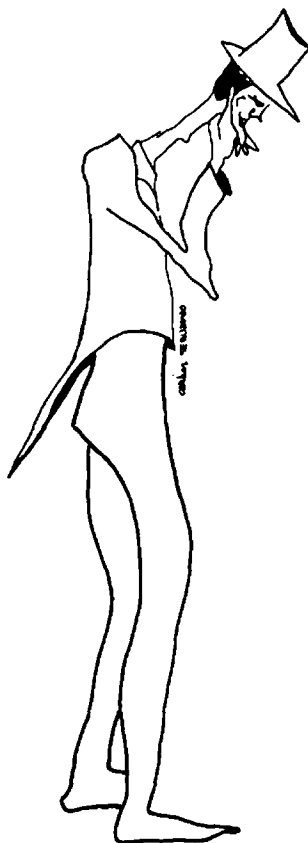


¡QUE ENORME EMPRESA LA DE URBANO!

Don Juan Alvarez fue a la capital y observó varias cosas que le llamaron la atención, pero ninguna como la inmensa fortuna que supuso tendría el dueño de numerosísimos autobuses que circulaban por Managua.

En una "parada" se puso a contar todos los que pasaron; y, después de varias horas, dijo asombrado:

"De cuarenta y tres autobuses no he visto un solo que pertenezca a otra persona, porque todos llevan al frente el nombre de ese señor tan rico. Toditos dicen: "URBANO, URBANO, URBANO".



EL INSECTICIDA NO SERVIA

Mi amigo Dr. Luis Andara Ubeda vino a Chinandega cuando empezaba la fiebre del algodón. Y probó suerte en su cultivo.

Pero no olvidaba otros quehaceres más placenteros y por ellos recorría la ciudad más que el campo con su amigo Dr. José Antonio Tigerino, especialmente los sábados cuando sacaba la partida de dinero para insecticida (que entonces la daban en efectivo para que uno lo comprara).

Llegó el final, vino la pérdida y quedó un saldo insoluto.

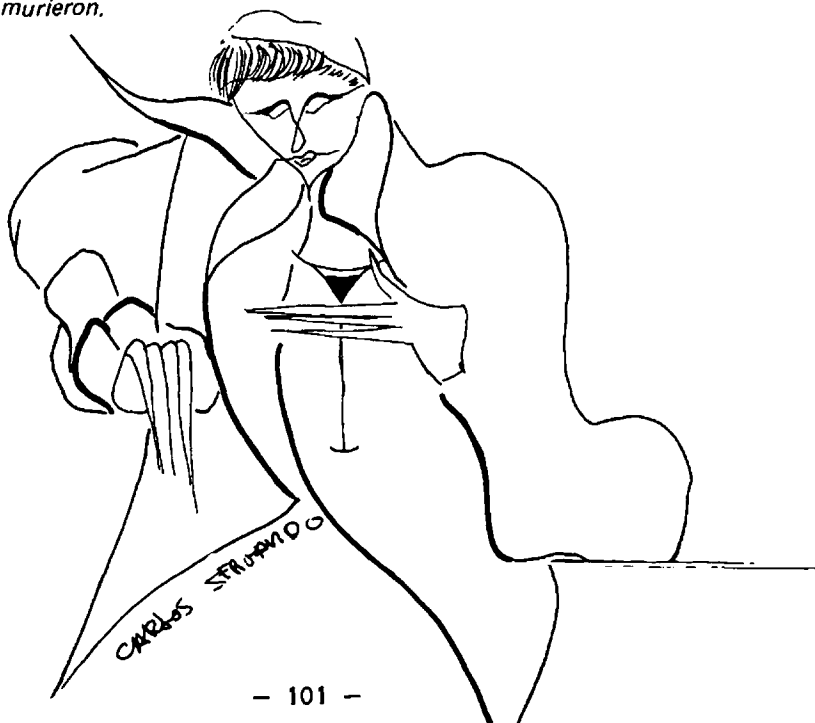
Luis y Toño consultaron con su común amigo Dr. José Jesús Rizo Vásquez, abogado del Banco; y Chu aconsejó que Luis pidiera una prórroga para pagar el próximo año.

—¿Y qué motivos razonables pondré?— le preguntó Luis.

—Bueno, —le contestó Chu— poné que el algodón se lo comió la plaga porque el insecticida no servía.

—¿Y creerán eso del insecticida como cierto?— preguntó igualmente Luis.

—¡Cómo no! Porque vos y Toño se lo bebían todos los sábados y no se murieron.



LA REENCARNACION

Un poeta arrancado convenció al italiano don Cataldo Bocutti, viejo refunfuñón de mi pueblo, para que le prestara cien pesos que jamás pagó, abundando en pretextos y últimamente escondiéndose de su acreedor.

Pero un día en la calle el poeta advirtió con horror, ya tarde para dar pie atrás, que por la misma acera por donde iba, en sentido contrario, venía don Cataldo.

Rápidamente acercó a sus ojos un libro que portaba como si andando lo leyera abstraídamente.

Don Cataldo se plantó frente a él y vino el encontronazo.

—Ah, don Cataldo, ¿qué tal? —dijo el poeta, haciéndose el sorprendido.

Aquél no contestó

—Venía leyendo este libro sobre la reencarnación y por eso no lo ví— prosiguió .

Don Cataldo permaneció en silencio.

—¿Ud. cree en ella?— continuó, buscando angustiosamente desviar el tema del adeudo.

—¡Cómo no voy a creer, —replicó al fin don Cataldo— si ahora soy humano y cuando te presté mis cien pesos era un burro!

SI YO FUERA PRESIDENTE

Don Benito Fuentes se las picaba e intervenía en cualquier discusión con tanto desenfado y audacia como ignorancia.

En la casa del Chelón Montealegre se discutía no sin desagrado, la intervención constante del ministro americano en la política nicaragüense, según informaban los periódicos.

Don Benito Fuentes entró de lleno a la discusión.

—En tiempos de Zelaya —era su centinela— no se permitía a nadie que se metiera en nuestros asuntos; y yo no sé por qué ahora sí.

Si yo fuera Presidente —agregó— pongo cien hombres en El Cardón, cien en Paso Caballo, cien en El Fortín de Acosasco, cien en La Loma y cien en San Juan del Sur. Fusilo al ministro americano ¡y que se venga la Rusia entera!

—Pero don Benito —le dijeron— ¿qué tiene que ver Rusia?

— ¡Pues que se venga la Francia!

— Tampoco

— ¡Pues que se venga El Japón!

— Menos.

—Entonces, —dijo confundido— ¿de dónde es Presidente ese Ministro americano?



PLATITA EN...

Don Beto, un agricultor de Chinandega, decidió aquel año no sembrar en su finca y empezó a oír propuestas de los que quisieran tomarla en alquiler.

Aparecieron varios que no satisfacían lo que pretendía.

Pero un día, estando en su finca, se presentó un interesado, acompañado de Amandita, joven guapa, metida a agricultora, aquél propuso tomar una parte y la dama el resto y, juntando lo que pagarían separadamente, satisfacían, y aún más, lo que pedía don Beto.

A éste le pareció y llevó la noticia a su casa, mencionando el nombre del varón pero no el de la mujer.

—¿Quién es la persona que tomará la otra parte?— le preguntó su esposa.

—Es la Amandita— contestó don Beto.

—Entonces creo que es más seguro y mejor que la alquiles a una sola persona y que sea varón, aunque recibás menos dinero— observó su costilla. — ¡Y no me gusta esa arrendataria!— agregó.

—No veo por qué— hizo ver su marido—. Sea quien sea, lo que vale es el dinero y en eso no hay problema. “Platita en mano, culito en tierra”— concluyó.

—Pero es que esa frase te va a resultar al revés— volvió la señora.

—¿Cómo que al revés?

—Sí, porque allí lo que va a ser es “Culito en tu mano y tu platita en la tierra”;

A PROPOSITO

Dicen que aquí exageran los "a propósito", trayendo de los caballos alguna relación que no viene al caso. Yo no sé, pero me acuerdo de lo que le sucedió a un hacendado de Chinandega hace mucho tiempo.

Dicen las malas lenguas que don Alberto era muy aficionado a las aventuras extra-matrimoniales, que aprovechaba entonces, al amparo de aquellos viajes a la finca a caballo, que la esposa no podía compartir como después lo hizo con el jeep.

Una chica vecina y atrayente llamada Juana Engracia estaba en su mira,

Un día don Alberto fue a su propiedad en viaje rutinario. Llegó y la recorrió con el mandador y un ayudante, viendo y dando órdenes y así llegó a un paraje donde se bajaron y siguieron conversando.

—Ah, don Alberto, se me había olvidado decirle —dijo de pronto el mandador, golpeándose la frente en señal de imputarse falta de memoria— Le doy la mala noticia de que se murió su caballo moro.

—¿Cómo?— preguntó don Alberto.

—Sí, —continuó el mandador— apareció desnucado en un barranco allí por el Gancho del Camino.

—Qué lástima, tan buen caballo.

—Y a propósito de gancho, patrón, —dijo a su vez el ayudante— le voy a dar una peor noticia: se le casó la Juana Engracia.

LAS NIETAS

Cuando el Dr. Juan Munguía Novoa, recién graduado de abogado, regresó de un viaje por El Salvador, los contertulios del Club Social de Chinandega, estaban aún atiborrados de las aventuras de amor contadas por tío Augusto Gasteazoro que, como don Juan Tenorio, "desde una princesa real —hasta la hija de un pescador— había recorrido su amor-toda la escala social", incluyendo en sus conquistas desde una nieta de la Reina Victoria, en Inglaterra, hasta las hijas del presidente Regalado, en El Salvador, donde se contaban por legiones los frutos de sus amores con muchachas de más alto rango social que no pudieron resistir sus encantos varoniles, dos generaciones antes.

Y esos mismos salones y contertulios escogió el Dr. Munguía Novoa para contar sus propias andanzas por los campos de Cupido en aquella República, haciendo alarde de sus conquistas dentro de lo más rancio de la sociedad salvadoreña, estimulado por el silencio de sus oyentes por aquello de que "quien calla, otorga".

Pero uno de los contertulios que había llegado tarde a la narración, un tanto desorientado, le preguntó ingenuamente quiénes eran esas chicas de sus conquistas.

Henry Dubón Montealegre, uno de los oyentes, se adelantó a Juan y le dijo:

"Con seguridad deben ser las hijas de la hijas que dejó tío Augusto".



COSAS DE CABUYA

Un coleccionista de antiguas fotografías mostraba unas cuantas en que aparecía Francisco Sequeira, el caudillo viejano que surgió de la guerra civil de 1926, mejor conocido por Cabuya. En una de ellas, como un niño, con cutachón, rifle y dos pistolas, una en su funda y la otra en la mano derecha como si apuntara. En la otra fotografía, montado a caballo, rodeado por compinches también montados y precedido por unos cuantos hombres a pie portando instrumentos musicales. En ambas se notaba al hombre primitivo, de mente infantil, Cabuya tenía entonces 23 años.

Mirábamos las fotografías mientras algunos, testigos de aquellos días, reconocían a las personas retratadas.

De pronto uno del grupo reconoció a don Juan José Guerrero Pereira, amigo nuestro, músico de antaño, agricultor de estos días, conocido cariñosamente con el alias de "Juan Violón" por el nombre popular con que se conoce al contrabajo que en sus años mozos pulsaba. Don Juan aparecía con un bombín al pie.
—No, hombre —replicó el otro— Si Juan lo que tocaba era el violón; no puede ser él.

—¡Ah, eso qué importa! ¡Cabuya lo hacía tocar cualquier instrumento!— exclamó uno.

Y así era.

Corría el año 1926. La guerra en su punto culminante, Moncada avanzaba por entre la manigua camino de Managua. Cabuya, mientras tanto dueño casi sin oposición de El Viejo y sus alrededores, se había convertido en caudillo implacable, señor de vidas y haciendas, con su escuela de crímenes.

Asombra aún, viendo la sola fotografía de Cabuya, saber a lo que nos llevaron esas guerras, pensando en los monstruos que nacieron con ella, de un lado y otro y los instintos feroces que despertaron.

¡Cómo habrán temblado los hombres pacíficos y las mujeres indefensas viendo pasar por las calles a ese forajido seguido por una chusma sedienta de sangre, de rapiña y de aguardiente! Más aún... seguido hasta de jóvenes decentes e inexpertos que, guiados por un loco afán de aventuras, habían buscado al siniestro y grotesco personaje, sin poderse volver atrás, llenos de miedo a su ira y venganza. Pero Cabuya representaba en aquellos días la figura de un revolucionario liberal, mostrando realmente, cuando fue necesario, su valor en "Las grietas" y en "Chinandega" al lado de "El Caballero de la Guerra", General Francisco Parajón.

Un día, mientras Cabuya bebía y bebía, corrió la noticia de un gran triunfo de Moncada sobre las armas conservadoras; y uno de los consejeros de aquel, que alimentaba su mente infantil y su vanidad, le indicó que aquella victoria debía darse a conocer con un bando con acompañamiento de música.

Gustó a Cabuya la idea y ordenó en el acto que se reuniera la banda, pero... desdichado incidente, faltaba el del bombo, ausente en esos momentos.

Corrían de aquí para allá los ayudantes del fiero caudillo, buscando con angustia a un sustituto, cuando se oyó una voz:

—Juan Violón es músico y tal vez pueda tocar el bombo.

—No, —advirtió otro— ese sólo toca el violón,

Cabuya que entre copa y copa oía, puso fin a la discusión.

—Si es músico debe tocar cualquier calache. Vayan a traerlo.

Asunto concluido. La orden debía cumplirse sin dilación. Juan Violón debía venir y tocar a como diera lugar. El "primer ayudante de campo" "Coronel" Pedro J Espinoza dio sus instrucciones.

—Vengo, —dijo el enviado Isaac Amaya al llegar a casa de don Juan José Guerrero— de parte del General Cabuya. Que te presentes inmediatamente porque vas a tocar el bombo.

—Pero si yo no sé tocar ese instrumento. Vos sabés que yo sólo sé tocar el contrabajo.

—Yo no tengo que ver —le dijo tocándose la razón contundente de su "38"— Andá, montate y no repliqués, que ya sabés cómo es el General.

Don Juan José Guerrero, temblando de miedo se fue a tocar el bombo.

Tal vez el temblor le ayudó a tocar mejor los redobles, para su suerte, porque una nota mal dada oída por Cabuya le hubiera costado la vida.

“DE UN CORDOBA A MEDIO CENTAVO”

*Hace mucho tiempo nació nuestro córdoba.
(fue en 1912).*

*Con pretensiones de hidalguía.
Llevaba su prosapia con prestigio y con valor
a fuerza de flaquezas.*

*Quién ostentaba un córdoba
cargaba una fortuna,
para muchos inalcanzable, colgado de la luna.
Sus filones de plata por fracciones
valían todavía.*

*Un hermoso medio córdoba, la mitad:
con él comprabas dos chompipes.
Dividido en cuatro, una moneda guapísima
buena para dos gallinas.
¿Qué se hizo esa moneda?
Ahora le llaman “chelin” a una de cupro-niquel
por laque no te dan ni las plumas.*

*Y en diez, la monedita de plata
que el pueblo llamó “real”
como resabio del tiempo colonial.
¿Cuánto valía entonces?
Yarda y media de manta.
el jornal de un campesino,
cinco libras de posta o cinco atados.
¡Cómo bajaste, recordado real de plata,
que hoy mueres de anemia y de aluminio
carente de valor y aún de peso!
Nadie te levanta ya del suelo;
pero antaño si con suerte te encontrara
aquel día aseguraba la pana del mercado.*

*Dividido el real en dos, la monedita de a cinco,
eso sí, sin aleación de plata.*

*¡Pero cuántas cosas se compraban con ella!
Un trago tacón alto con boca de jojoba;
la entrada al cine, en luneta;*

La Prensa o La Noticia y tres centavos vueltos.

*¡Cuántas falsificaciones se hicieron por ella!
Blanqueando un centavo con limón
lo aceptaba a media luz por cinco
la vieja pulpera de la esquina.
Por ella muchas veces pasé un "nikle"
con pecado mortal que aquí confieso.*

*~~para~~ nivelar la pata de una silla.
por*

*Sigamos todavía, porque falta el centavo,
monedita de cobre aún valiosa.*

*¡Cuántas veces me escondí de la frutera
por el saldo insoluto de un centavo!
¿Y el medio centavo chiquitito?
¡Cómo viene a mi nostálgica memoria
el recuerdo de aquella monedita!
De aquella monedita que se fue
como se fue mi niñez
y el otoño y como se va el invierno.*

*¡Cuántas veces en mis manos,
te convertí en tres naramjas
(peladas, con tapita y con sal);
o tres lecheburras o tres caramelos!
¡Cuántas veces con ella mitigó la caridad
el hambre pordio sera!
Recuerdo bien a la matrona rica
dando limosna los sábados con ella
(viendo de reojo la extendida mano)
para comulgar feliz el domingo.*

*Pero limosna, al fin, de ricos,
porque un pobre cumplía su misión
con sólo un plátano —dos por medio—
o seis granos de cacao
o un cuartuchito de pinol.*

*Hace tiempo que no te veo,
ni a ti ni al centavo.
Te mató la ley y la inflación
y has quedado perdida en el recuerdo de un viejo,
o guardada en el rincón de una gaveta,
en el travesaño de una puerta
o adornando tal vez una colección numismática.*

*Pero yo te recuerdo bien,
con cerebro y corazón,
porque contigo nunca fui pobre,
monedita de mis días infantiles
que se pierden allá lejos,
lejos, muy lejos.*

